
1975
VALERIAM ÉMAR

1975

LA LUZ SE HARÁ MÁS BRILLANTE

VALERIAM ÉMAR

Título: 1975

Primera edición

ÍNDICE

Cuando el fanatismo ha gangrenado el cerebro,
la enfermedad es casi incurable

-Voltaire

EL JUICIO: LA FORNICADORA

Wisconsin Sheboygan,
junio de 1973…

CLOE SHERMAN sentía como su pulso se iba acelerando cada vez más con cada pregunta de los pastores. Se llevó un dedo a la boca y no se dio cuenta hasta que sintió un leve ardor que se había ocasionado una pequeña herida al arrancarse un pedazo de uña con los dientes. Alzó la vista y observó el reloj que estaba sobre la pared blanca; había pasado una hora desde que había comenzado el interrogatorio. El consejo de pastores le había pedido que se reuniera con ellos en la sala auxiliar de la iglesia. Todos sabían que nadie salía feliz de esa habitación. La sala auxiliar de la congregación siempre le había parecido pequeña, pero en ese momento al hallarse a solas con los tres pastores era como hallarse en una diminuta jaula sin oxígeno. Respiró hondo y exhaló una suave bocanada de aire, mientras hacía tiempo para pensar como respondería a su próxima pregunta. Un paso en falso podía significar no volver a ver a su familia.

De verdad estaba haciendo un gran esfuerzo para creer que ellos solo trataban de buscar lo mejor para Cloe. ¿Entonces por qué sentía un gran deseo de vomitar a medida que el interrogatorio avanzaba? Porque ella era la responsable de haberse dejado influenciar por el malvado mundo de satanás. Había permitido que su espiritualidad se debilitara y ese terrible error la había llevado a pecar. Se había convertido en la manzana podrida de la hermandad. Su ejemplo avergonzaba a la verdad. El pueblo que dios había escogido en la tierra. Se limpió la huella de sangre de su dedo con la lengua. Debía entender que los pastores solo buscaban que ella regresara nuevamente al camino correcto de Dios.

—¿Entonces hermana Sherman acaba de reconocer que mientras usted se besaba con el muchacho, que no forma parte de nuestra comunidad, llegó a tocar su miembro? —interrogó el pastor Steve

Worm, que era unos años mayor que su padre.

Cloe era una terrible pecadora. Si Dios decidiera acabar con el mundo ese día, él no dudaría en destruirla.

—Sí —afirmó ella con los labios secos.

—¿El muchacho tenía sus pantalones desabrochados cuando usted le tocó el miembro, hermana Sherman? —continuó el pastor Jackson Rotten, a la vez que se quitaba sus gafas de lectura para limpiar los cristales con un pañuelo.

Acababa de cumplir dieciséis años y en un momento de debilidad, que ella había llamado curiosidad, había sucumbido a la tentación. El peso de la culpa y la vergüenza la había llevado a confesar su tropiezo con los pastores, ellos la juzgaban detrás de la mesa larga que los separaba. Cloe bebió un poco de agua y luego contestó con la vista fija sobre la biblia abierta que había dejado el pastor Steve Worm.

—Él llevaba sus pantalones abrochados.

—¿El muchacho tocó sus genitales, hermana Sherman? —inquirió el pastor Anthony Sniff, usando un tono despectivo, a la vez que sus gruesos dedos tamborileaban la mesa de roble.

Ella apoyó las manos sobre sus rodillas para detener el tembleque de sus piernas.

—Sí.

—¿Cuántas veces? —profundizó el pastor Sniff.

Cloe no había llevado una cuenta de cuantas veces le habían tocado.

—No lo sé.

—¿El mundano también introdujo sus dedos en su vagina? —insistió el pastor Anthony Sniff, sujetando el bolígrafo para anotar su respuesta en una planilla.

Sus mejillas ardían de vergüenza. Nunca había imaginado que

confesar su pecado sería tan humillante.

—Sí —respondió, no solo con su voz quebrada, sino que además su espíritu.

—¿Le gustó que el joven le acariciara, hermana Sherman? —continuó con el interrogatorio el pastor Steve Worm—. ¿Llegó usted al orgasmo cuando él la acariciaba?

Cloe alzó la vista de golpe y les echó una ojeada rápida a los tres pastores que la observaban como si ella hubiese cometido un asesinato. ¿Qué clase de preguntas eran esa? ¿Por qué ellos tenían que anotar cada palabra que decía? ¿Quién más leería su confesión?

—Debe decir la verdad hermana Sherman, recuerde que Dios siempre lo ve todo —mencionó el pastor Jackson Rotten—. Si no quiere ser destruida cuando llegue nuestro Dios, debe decir la verdad, porque ese gran día está a la vuelta de la esquina. ¿Usted desea que la furia de nuestro señor caiga sobre su cabeza, hermana Sherman?

—No.

—Entonces responda con la verdad.

—Sí, l-lo disfruté por m-momentos —asintió con su alma completamente rota y desecha—. Pero juro que no dejaré que satanás vuelva a tentarme.

—¿Hubo penetración? —agregó el pastor Anthony Sniff.

—¿Qué? ¡No! ¡No!

—¿Tuvo sexo anal, hermana Sherman? —siguió el pastor Anthony, como si saboreara verla avergonzarse.

Si por un momento había pensado que sus preguntas no podían ser más humillantes, bien ella se había equivocado.

—No.

—Puede que estas preguntas le parezcan un poco invasivas, hermana Sherman, pero necesitamos saber esta información para ver el grado de su pecado y su nivel de arrepentimiento —se excusó el

pastor Sniff.

—¿Por qué usted se ha arrepentido de sus pecaminosas acciones? —preguntó el pastor Steve Worm.

—¡Sí! ¡Claro que sí! —exclamó entre sollozos—. ¡No volverá a ocurrir! ¡No volveré a desviarme del camino de Dios!

Después de más preguntas que creía que no podían ser más humillantes, ellos le pidieron que abandonara la sala auxiliar para que el consejo de pastores pudiera llegar a un acuerdo de cuál sería su reprimenda por haber desobedecido las reglas de la hermandad. La verdad era la única religión que tenía la aprobación de Dios. La única que se salvaría del gran día de furia de nuestro señor.

27 MESES ANTES DEL FIN

MADISON JONES quitó el cartel de venta que se hallaba en el jardín de la entrada de la casa que su madre acababa de comprar. Observó la fachada entre suspiros. La propiedad era antigua y había que hacerle algunas mejoras, sobre todo en el tejado. La casa era más pequeña que su anterior hogar en Virginia, pero era lo suficientemente grande para ella y su madre. Su padre había fallecido hacía algunos años y su hermano mayor acababa de ingresar a la universidad. Wisconsin parecía ser un buen lugar para vivir. O eso había sido lo que su madre le había repetido durante todo el viaje. Había tratado de mostrar su mejor cara, aunque por dentro la tristeza y la nostalgia se apoderaba de sus emociones.

—¿Preparada para comenzar una nueva vida, cariño? —murmuró su madre, rodeándole los hombros con un brazo.

Alison Jones había hecho su mejor esfuerzo para criar a su hermano y a ella después de enviudar. No se había vuelto a casar y no era porque no hubiera tenido pretendientes. Su casi metro ochenta y sus ojos verdes aun la hacían una mujer muy atractiva. De hecho, en su juventud había ganado varios concursos de belleza, pero eso había sido antes de que conociera la verdad y regresara al camino de Dios.

—Los cambios no son siempre fáciles —contestó Madison entre suspiros—. Pero hemos superado cosas peores ¿no?

Su madre asintió con la cabeza.

—Todavía quedan más cajas en la camioneta —repuso Alison—. Ve por ellas, cariño —le pidió, mientras subía las escalinatas de la entrada de la casa.

Madison se recogió el cabello castaño en una coleta alta y se dirigió al vehículo. Una mujer delgada que usaba un vestido a rayas se aproximó, sostenía una canasta con panecillos y murmuró cuando se

acercó:

—Tú debes ser Madison ¿verdad?

Arrugó el entrecejo.

—Disculpe, ¿ya nos conocemos?

—No, pero conozco a tu madre —contestó—. Ya nos hemos presentado y ella me ha hablado de ti —mencionó—. Soy tu nueva vecina, vivo a pocas casas de aquí —le indicó, señalándola con el dedo.

—¡Hermana Morgan! —exclamó Alison cuando salió de la casa.

—He horneado unos panecillos y se los he traído como muestra de bienvenida —dijo su nueva vecina.

Su madre recibió la bandeja.

—Los panecillos lucen deliciosos —Alison miró a su hija y agregó—: Iremos a la misma iglesia que la señora Morgan, por lo tanto, nos veremos más seguido.

—¿Sabes? También tengo una hija de tu misma edad —le hizo saber su nueva vecina, con una amplia sonrisa en los labios—. Puedes visitarnos cuando quieras, probablemente te lleves muy bien con Abigail.

—Se lo agradezco —contestó Madison, mientras probaba unos de los panecillos.

La hermana Morgan alzó la mano y la agitó en el aire cuando dos muchachas se dirigían en dirección hacia donde ellas estaban.

—Parece que conocerás a mi hija más rápido de lo previsto —dijo—. Ven un momento Abigail, quiero presentarte a nuestras nuevas vecinas.

Las dos jóvenes se acercaron. Abigail era la más alta, tenía el cabello rubio y unos enormes ojos azules. También le presentaron a la otra muchacha, Lily Spencer, que era otra hermana de la verdad. Lily era de contextura robusta, cabello ondulado y tenía una bonita

sonrisa.

—Bienvenidas al vecindario —murmuró Abigail Morgan con una sonrisa que evidentemente era forzada.

—Es estupendo conocer a nuevas hermanas —dijo Lily, con un entusiasmo digno de admirar. La muchacha le sujetó una mano y siguió—: Podrías unirte al voluntariado con nosotras, Madison, y de esa forma te será más sencillo conocernos a todos.

—Esa es una gran idea Lily —comentó Alison.

—Lily es una de nuestras hermanas ejemplares —añadió la señora Morgan, echándole a su hija una mirada amonestadora para que aprendiera de su amiga Lily.

Las mejillas de Lily se sonrojaron y parecía bastante complacida por los cumplidos.

—Me encanta poder servir a los demás, es lo que el Señor busca de nosotros.

Había notado que Abigail había puesto los ojos en blanco.

—¿Desean tomar un refresco? —les ofreció Alison.

La hermana Morgan aceptó e ingresó a la casa junto a su madre. Madison dejó sobre el suelo la caja que había bajado de la camioneta, mientras oía a Lily hablar sin parar sobre el voluntariado. De pronto, Lily cerró la boca cuando un coche se estacionó en frente de su casa y su vecina bajó del Ford verde botella.

—No sabes cuánto lamento que tengas de vecina a esa mujer —expuso Lily, cruzándose de brazos.

No pudo evitar prestar más atención a la mujer que acababa de bajar del coche.

—¿Por qué dices eso? —quiso saber.

—Deberías ocuparte un poco más en tus asuntos Lily, en vez de meter tus narices en la vida de los demás —intervino Abigail, que apenas había dicho algunas palabras.

—Me parece justo que Madison lo sepa, Aby. Ella debe saberlo.

—Los chismes también son considerados como pecados —le recordó Abigail—. ¿Acaso no es eso lo que dice la biblia?

—Creo que alertar a Madison del peligro que puede correr al estar cerca de esa mujer no puede considerase como un pecado —replicó Lily molesta.

Ella arrugó el entrecejo. ¿Acaso tenía como vecina a una asesina serial?

—¿Qué cosa es la que debo saber? —insistió.

—Lamentablemente no podrás hablar con tu vecina. Ni siquiera dirigirle el saludo. Ella está excomulgada —respondió Lily, moviendo la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¿Ella también solía ser un miembro de la verdad?

—Sí, pero ya no lo es —afirmó Lily—. No olvides que los infieles no pueden formar parte de nuestra vida. Ahora esa mujer pertenece al mundo de satanás.

Madison se preguntó qué era lo que le llevaba a un hermano a alejarse de la verdad, del pueblo que Dios había escogido de la tierra, sobre todo cuando el fin estaba tan cerca. Solo quedaban unos meses para que la maldad acabara y pudieran alcanzar la vida eterna. Ellos tenían una regla muy clara: no tener ningún tipo de vínculo con los excomulgados, si se rompía esa regla, podían ser apartados de la verdad igual que ese infiel.

Un resoplido molesto se escapó de los labios de Abigail.

—Lo siento, pero ya debo irme —dijo la muchacha.

—No olvides que mañana nos reuniremos una hora antes para organizar el voluntariado del próximo mes —le recordó Lily.

—No, no lo haré —respondió Abigail Morgan, volviendo hacer su sonrisa forzada.

Lily esperó a que Abigail se retirara para decir:

—La hermanita Abigail siempre dice lo mismo, pero termina llegando a cualquier hora. Espero que tú no seas como ella, Madison —dijo, enarcando una de sus cejas pobladas—. La impuntualidad no son actos que Dios apruebe entre nosotros.

Ahora comprendía por qué Lily era llamada la hermana ejemplar, porque era ejemplarmente insoportable.

—Aún me quedan algunas cajas más por bajar —explayó Madison, señalando el camión de mudanza y dándole a entender que estaba ocupada.

Lily dio un paso atrás.

—Oh, claro, me gustaría ayudarte, pero debo ir a dar ánimo a unas hermanas antes de que se descarríen del camino correcto.

—Por supuesto, lo entiendo —expresó Madison—. No desearía ser la piedra que entorpezca tu buena labor.

También entendía por qué Abigail se había esfumado tan rápido.

—Nos vemos en la iglesia, Madison —se despidió Lily.

—Seguro.

—Larga vida a Joseph Darkness.

Joseph Darkness era uno de los ungidos de dios que ocupaba la presidencia de su organización terrestre.

—Larga vida…

26 MESES ANTES DEL FIN

HABÍA pasado un mes desde que se habían mudado a Wisconsin y todavía le resultaba difícil adaptarse a su nuevo hogar. Madison exhaló una bocanada de aire. En el único momento en el que verdaderamente podía sentirse libre era cuando daba sus largas caminatas por la costa del lago Michigan y se detenía a observar como las olas chocaban contra el faro. Y por más que los hermanos de la congregación les recomendaran que se enfocara en las cosas espirituales, el vacío no desaparecía dentro de su pecho. En Virginia no solo había dejado atrás todas sus amistades, sino que además todos los recuerdos que había tenido junto a su padre. Pero eso no debería preocuparle, porque pronto se volverían a reencontrar.

Madison se desabrochó el primer botón de su camisa y sacó los talones hacia afuera de sus zapatos cuando los pies se le empezaron a hinchar. Hacía tanto calor ese día que los ventiladores de la iglesia solo echaban aire caliente. La congregación era un poco más ostentosa de la que asistía en Virginia. El pasillo entre las butacas estaba cubierto por una acolchonada alfombra azul, los asientos no eran bancos largos, sino butacas separadas. Aún conservaba los techos altos y las ventanas de vitrales de la iglesia baptista que había sido antes de que el consejo de pastores la comprara. Se acomodó en el asiento y abrió la escritura en uno de los textos de los salmos cuando el pastor Anthony Sniff, que estaba dando su discurso en la plataforma, pidió que se leyera uno de los versículos.

—Debimos habernos sentado cerca de la puerta —susurró su madre, echándose aire con la mano.

—Estos fueron los únicos dos lugares libres que encontré —se defendió Madison.

—Si los asientos escasean, solo significa que la verdad tiene más adeptos, y en los tiempos en los que vivimos, eso es una buena noticia

—dijo Alison, dándole una palmadita en la rodilla.

Los padres de Lily Spencer, que se habían sentado en los asientos de atrás, les pidieron que guardaran silencio porque no dejaban escuchar lo que decía el pastor. Su madre se disculpó y sacó un pañuelo de su bolso para secarse la transpiración de la frente. Madison volcó otra vez su atención al discurso que estaba dando el pastor Anthony, que, como siempre, su pelo peinado sobre su calvicie brillante, le caía lacio por detrás de las orejas.

“*…Solo los hijos de Dios conseguirán la vida eterna. Así como lo escuchan hermanos. Y eso será muy pronto, muchos de los que están aquí hoy presentes no morirán jamás. Los seis mil años desde la creación del hombre terminará en 1975, y el séptimo periodo de mil años de la historia humana comenzará en el otoño de 1975…*”

De pronto, se oyó una exclamación de anhelo entre todos los feligreses. Hacía ya algunos años que se venía proclamando ese discurso. El año 1975 sería una fecha transcendental para la humanidad. El representante de Dios en la tierra había llegado a esa conclusión. Joseph Darkness había tenido una revelación del señor. Dios le había hecho saber que el fin de la maldad acabaría en unos pocos meses. Cada día que pasaba, esa promesa tomaba más vigor. Una vez, Madison le había preguntado a su madre cómo el reverendo Darkness estaba seguro de que Dios era el que le había hablado, y Alison se había molestado tanto con ella de que hubiera desconfiado de las palabras del reverendo, que había decidido no volver a tocar el tema. Alison se había limitado a responderle de que el señor había dicho que los buenos frutos diferenciarían a su pueblo y que era evidente de que la verdad era el pueblo que Dios había escogido para que restaurara la tierra en el futuro próximo.

Su madre había creído que su desconfianza se había debido a su falta de fe, y por esa razón había tenido que recibir un sermón animador por parte de uno de los pastores, pero más que animador había sido una advertencia de que sus dudas podrían llevarla a la destrucción en el día del juicio. Madison prefirió creer que sus dudas serían resueltas con el tiempo.

El pastor Anthony continuó diciendo:

"…De modo que dentro de unos meses estaremos llegando a lo que Dios podría considerar el séptimo día de la existencia del hombre…"

Su madre le sujetó una mano entre las suyas y se la apretó emocionada. Eso significaba que faltaba poco tiempo para que su padre regresara a la vida.

"…Piensen en esto, hermanos, que quedan aproximadamente veintiséis meses antes de que terminen los 6000 años de la existencia del hombre sobre la tierra. Así que, hoy más que nunca es vital no pasar por alto el espíritu de querer rendir mayor servicio y traer a más hermanos a la verdad. Si eres una persona joven, también tienes que enfrentarte al hecho de que nunca envejecerás en este mundo…"

Alison la miró por encima del hombro y estiró sus labios convirtiéndolos en una sonrisa brillante y esperanzadora. La voz del pastor cada vez se ponía más vigorosa mientras hablaba.

"…Si estás en la secundaria y piensas en una educación universitaria, esto por lo menos significaría cuatro, quizás hasta seis u ocho años para que obtengas un título de una carrera especializada. Pero dime una cosa joven: ¿Dónde estará este mundo para ese tiempo? ¡Estará bien avanzado hacia su fin, si es que no habrá desaparecido en realidad! —hizo una pausa para beber un poco de agua y continuó—: También se oyen algunos informes de que algunos hermanos están vendiendo sus casas y propiedades y planeando acabar el fin de sus días es este viejo mundo en el servicio de traer a más hermanos a la verdad y conseguir su salvación. No me digan que esta no es una buena manera de pasar el corto tiempo restante antes del fin de este malvado mundo".

El discurso del pastor Anthony Snaff fue aplaudido fervientemente por todos los feligreses.

—Mis padres me han pedido que abandone mis estudios para que le dedique más tiempo al servicio de traer a más personas a la

verdad —dijo Cloe Sherman—. Ellos dicen que mis estudios no servirán de nada porque el fin está cerca y que lo más importante en estos momentos es salvar vidas. ¿Qué es lo que planeas hacer tu por dios, Madi?

Cloe Sherman era una muchacha de su edad. Tenía un rostro angelical y cuando la conoció creyó no haber visto nunca antes una joven tan bella, pero lucía muy triste, escasamente la había visto sonreír. Lily le había contado que un mes atrás el consejo de pastores le habían dado una reprimenda a Cloe, y eso significaba la reducción de algunas de sus actividades seglares. Y también se había ganado que muchos de los hermanos la hicieran a un lado por no ser un buen ejemplo entre ellos. Pero si la espiritualidad de Cloe estaba débil ¿cómo se iba a reponer si la miraban como si fuese un bicho raro? Ella no podía hacerle eso. No conocía cuál había sido su error, pero se notaba en el rostro de Cloe su arrepentimiento.

—Creo que primero debería bautizarme antes de tomar una decisión —respondió Madison, sintiendo la presión del bautismo sobre sus hombros—. Pero pienso que no deberías dejar tus estudios, Cloe.

Cloe bajó la cabeza y murmuró en un tono entristecido:

—Mis padres ya han decidido que debo hacerlo.

—Pero si estás a nada de acabar tus estudios —protestó ella.

—Y con los mejores honores —añadió Cloe orgullosa.

—Tal vez ellos entren en razón y…

—Ellos no cambiarán de parecer, hasta han puesto en venta nuestra casa y la mitad de la venta irá a parar al pueblo de dios.

Lily Spencer se unió a ellas con su enorme sonrisa de la hermana ejemplar. Había notado que Cloe no se sentía muy cómoda al estar cerca de Lily y no tardó en despedirse. Desde que Madison se había mudado a su nueva iglesia había percibido que Lily y toda su familia siempre estaban al tanto de la situación de cada hermano de la congregación. Al principio lo consideraba como un acto bondadoso de que ellos se preocuparan por los demás, pero tanta intromisión

empezaba a fastidiarla.

—Creo que la hermana Sherman ha aprendido su lección —dijo Lily, cruzándose de brazos mientras observaba como Cloe se retiraba.

Madison arrugó el entrecejo y la miró de reojo.

—¿Qué lección a aprendido Cloe?

—De que no debe relacionarse con personas que están afuera de la verdad. Los mundanos nunca serán una buena influencia para nosotros —respondió Lily—. La vi saliendo del cine con unos muchachos que no eran nuestros hermanos.

—¿Y tú la delataste? —se le escapó de los labios en un tono hostil.

—¿Acaso tú no hubieras hecho lo mismo? —replicó Lily, llevándose una mano al pecho en un gesto afligido—. Las malas compañías echan a perder los hábitos útiles. Como una buena hermana, me preocupaba por la espiritualidad de Cloe.

—Solo habían ido al cine.

—Y satanás usa cualquier arma para alejarnos del señor. Además, como bien debes saber hermana, ser cómplice de actos incorrectos es motivo de excomulgación —mencionó en un tono altanero—. Tal vez si fueses bautizada sentirías en los más profundo de tu ser el amor de Dios y obedecerías todos sus mandatos.

Lily tuvo que recordarle por enésima vez que estaba en un escalón inferior al de ella. La presión del bautismo se hacía más latente cada día que pasaba.

—Si no deseas que Dios te destruya en su día de furia, será mejor que te apresures y le dediques tu vida a él —continuó Lily—. ¿Acaso no deseas volver a ver a tu padre cuando el señor lo traiga a la vida nuevamente?

Que mencionara a su padre la hacía sentir como si ella fuese una persona cruel y egoísta. Como si no deseara volver a verlo y que su familia se reuniera otra vez.

—Por supuesto que quiero volver a ver a mi padre, Lily. ¿Qué clase de pregunta es esa?

Lily alzó una presuntuosa ceja.

—Entonces demuéstralo, Madison. Demuestra que profundo es tu amor por Dios.

Madison de verdad quería bautizarse, sobre todo porque quería hacer feliz a su madre, pero había algo en su interior que le imploraba que no lo hiciera. Era como si algo estuviera mal, ¿o era ella la que estaba mal? Tal vez su escudo de la fe se había debilitado. Y si alguien escuchaba sus pensamientos, probablemente sería llevada a un juicio por el consejo. Un escalofrío recorrió su cuello. ¿Qué persona en sus cabales deseaba pasar por juicio hecho por el consejo?

24 MESES ANTES DEL FIN

HABÍA superado su primera semana de escuela. Madison había creído que compartir algunas de sus clases con algunos de sus hermanos de la fe la ayudarían a adaptarse a su nueva escuela, pero estar cerca de ellos se estaba transformando en una tortura. Vigilaban cada uno de sus movimientos: su vestimenta, como le respondía a sus profesores, si hablaba por demasiado tiempo con sus compañeros que no eran miembros de la verdad. Ellos esperaban que cometiera la mínima falla para recalcarle lo imperfecta que era. Y la presión por el bautismo se hacía más asfixiante con los días. Se apresuró en quitar el candado de su bicicleta cuando observó a Lily Spencer que avanzaba hacia ella. La muchacha prácticamente se había convertido en su sombra.

—¡Madi! —gritó Lily, alzando una de sus manos.

Madison hizo de cuenta como si no la hubiera oído y en un santiamén, se hallaba pedaleando a varios metros de Lily. Respiró aliviada cuando finalmente se libró de la hermana ejemplar. Maldita sea. El remordimiento empezaba a fastidiarle. Sacudió la cabeza para quitarse la culpa. Estaba apurada y no tenía tiempo para oír hablar sobre el voluntariado. Y mucho menos tenía deseos de unirse a ellos. Esa era una de las ventajas de no estar bautizada, aún no la podían obligar. ¡Solo quería ser una joven normal! ¿Acaso eso era mucho pedir? Que sus únicas metas fuesen acabar sus estudios. Por un día quería olvidarse de que el mundo que conocía solo le quedaban veinticuatro meses. Que la mayoría de las personas no sobreviviría; que pronto habría un genocidio. Y si el señor llegara ese día también la incineraría con una bola de fuego.

Se detuvo adelante de una tienda para comprar unos víveres que su madre le había encargado. Ingresó al mercado y se dirigió al área de comida congelada. Puso algunas bandejas de verduras en su canasto. Una mano sobre su hombro la hizo sobresaltar.

—No te haré daño… —dijeron.

Madison se volteó y se encontró con Abigail Morgan, su vecina. La muchacha se metió una paleta de fresa a la boca y sonrió.

—Lo siento, es que estaba distraída —repuso—. Me has dado un buen susto.

—Espero que no huyas de mi como lo has hecho con Lily —murmuró Abigail en un tono burlón.

Sus mejillas se sonrojaron.

—Yo no… estaba apurada y Lily… —trataba de excusarse.

—Tranquila —la interrumpió, quitándose la paleta de la boca—. Me preguntaba si alguna vez te ibas a deshacer de ella.

Abigail no era tan devota como lo era Lily, pero tampoco la conocía demasiado como para decirle lo que realmente pensaba.

—Lily… Lily es una buena chica que se esfuerza en hacer lo correcto.

—Lily ha perdido la cabeza —dijo Abigail—. Se convertirá en tu sombra hasta asegurarse de que no eres una amenaza para ella.

Madison arrugó el entrecejo.

—¿Amenaza? —repitió.

—Lily siempre ha sentido el terror de que le quiten su puesto de la hermana ejemplar —se inclinó hacia ella y susurró—: ¿Sabías que sus padres están armando un búnker en su sótano para el día que venga la gran furia de Dios?

Ella parpadeó.

—¿Un búnker?

—¡Exacto! —gimió Abigail, abriendo grande sus ojos azules—. ¡Un jodido búnker!

Madison miró a su alrededor, asegurándose de que no hubiera ningún rostro familiar cerca que la hubiera escuchado, y esa parte

puritana de su cerebro tuvo que decir:

—No deberías maldecir.

Abigail dobló sus brazos a la altura de su pecho.

—Si quieres, puedo decirte como librarte de ellos —mencionó—. O por lo menos que tomes un respiro de su constante vigilancia.

—¿Librarme de ellos?

—¿Acaso repetirás cada cosa que te diga?

—Lo siento, yo…

—Trata de tomar todas las clases que incluya ciencia, física… para ellos esas clases es como la diera el propio satán.

—De acuerdo…

—También puedo pasar por tu casa para ir juntas a la escuela.

Había visto que Abigail viajaba en su coche para ir al instituto.

—Si te ven a mi lado, creerán que ya te han perdido —murmuró entre risas.

De pronto, un muchacho se acercó y rodeó la cintura de Abigail con un brazo. Ella le apartó la mano y la miró a los ojos esperando que Madison le dijera alguna cosa, pero la ella se limitó a saludar al joven.

—Ya debo irme —repuso Abigail—. Debo llevar a mi primo a su casa.

¿Qué tan tonta creía que era? Evidentemente, ese no era su primo y ella no diría una palabra de lo que acababa de ver.

—Saludos a la familia —se despidió Madison.

De pronto, de camino hacia su casa, la rueda de su bicicleta empezó a lanzar un silbido y a desinflarse. Tuvo que detenerse cuando

la rueda se dobló y por poco no había caído al suelo. Puso los ojos en blanco al descubrir un trozo de vidrio en la cubierta. ¡Estupendo! Ella tendría una larga caminata. Madison enderezó la rueda y empezó a caminar a un costado de la carretera con el fuerte sol sobre su cabeza. Se hizo a un lado al sentir que un coche se acercaba. El vehículo disminuyó la velocidad y bajó el cristal de la ventanilla. Volteó la vista hacia el conductor del coche y se encontró con su vecina.

—¿Problemas con tu bicicleta? —preguntó su vecina, sin apartar la mano del volante—. Puedo llevarte hasta tu casa si así lo deseas.

Que su vecina le dirigiera la palabra la tomó por sorpresa. Madison abrió la boca y no supo que decir. Lily le había avisado que esa mujer había sido excomulgada. Las leyes de Dios le prohibían hablar con ella. ¿Y si Lily se había equivocado? Aunque había muy poca probabilidad de que Lily se hubiera equivocado.

—He visto que te has mudado en frente de mi casa —continuó su vecina.

No quería ser una grosera con esa mujer, pero si rompía las reglas, su conciencia le pasaría factura más tarde. Además, en buen lío se metería si alguien la veía hablando con ella. Se limpió la transpiración de la frente con el dorso de la mano.

—Puedo caminar —contestó, a pesar de que se moría de ganas de librarse de ese calor insoportable—. Igualmente le agradezco la oferta.

—Puedo dejarte a unas cuadras antes de llegar a tu casa para que nadie vea que has hablado conmigo. Será nuestro secreto —mencionó su vecina en un tono amistoso—. Si es eso lo que te preocupa —dijo, como si acabara de leer su mente.

Madison echó una ojeada a su alrededor para asegurarse de no ver ninguna cara conocida. En las últimas semanas se estaba volviendo un poco paranoica. Sentía que había ojos por todos lados vigilándola. Reflexionó en su oferta y pensó que tal vez podía usar esa oportunidad para ayudar a esa mujer a regresar a la verdad. ¿Quién podría juzgar una buena intención? Aceptó su ofrecimiento. Su vecina

salió de su coche para ayudarla a guardar su bicicleta en el maletero del vehículo.

—Con que me dejes a dos cuadras de mi casa será suficiente —murmuró ella, al subirse al Ford verde.

La mujer esbozó una rápida sonrisa y asintió con la cabeza.

—Por cierto, mi nombre es Sarah —se presentó, a la vez que encendía el motor.

—Madison —dijo ella—. Mi nombre es Madison.

—Bien, Madison, no sé qué cosas habrás oído sobre mí, pero te aseguro de que no planeo comerte.

Madison estudió a su vecina con la mirada. Sarah era una mujer guapa, de contextura delgada, su cabello era rubio y apenas pasaba sus hombros. Probablemente debía estar cerca de los cincuenta años. Ella usaba un uniforme de camarera con el logo de uno de los mejores restaurants de la zona.

—Si alguna vez usted ha sido miembro de la verdad, entonces estoy segura de que debe saber de qué no puedo hablar con ningún infiel.

—¿Eres bautizada, Madison? —preguntó Sarah de golpe.

Ella parpadeó. ¿A qué venía esa pregunta?

—No, aún no lo soy —contestó—. Pero planeo hacerlo pronto.

—Si aún no eres bautizada, eso significa que todavía te queda cierto margen de libertad. Ellos aún no pueden excomulgarte por hablar conmigo —murmuró—. ¿Quieres oír un buen consejo, muchacha?

—No deseo que se lo tome a mal señora, pero sinceramente preferiría pasar el resto del viaje en silencio —respondió—. Ya he roto varias reglas al subirme a su coche —hizo una pausa y continuó—: Y tampoco quiero que piense que no agradezco el aventón…

—Entiendo de que no puedas hablarme y no lo hagas si eso te

hace sentir mejor, pero a mí nadie me ha prohibido que te dirija la palabra —repuso—. Y es por eso que te daré ese consejo de igual modo, uno que a mí me hubiese gustado que me lo dieran en su momento, antes de cometer el peor error de mi vida —siguió—. No te bautices Madison. El bautismo será el inicio de tu fin si algún día decides irte. Perderás todo lo que más has amado en tu vida: a tu familia. Le entregarás tu libertad a personas que le importas un demonio.

Madison arrugó el entrecejo.

—¿Dedicarme a Dios será mi final? —repitió con las palabras alborotadas—. ¿Por qué querría alejarme de la verdad? ¡Si somos el pueblo escogido de Dios! Ahora comprendo la razón por la que tenemos prohibido hablar con los infieles —las mejillas se le habían enrojecido de la furia—. Ustedes están corrompidos por este mundo y nos quieren arrastrar a él.

—Solo intento que no desperdicies tu juventud, que no regales tu vida a hombres que solo buscan sus propios intereses y manipulan a las personas con enseñanzas fantasiosas —dijo Sarah, usando un tono apacible.

¿Enseñanzas fantasiosas? Ella se ahogó con un gemido consternado. Estaba tan molesta de que tratara de mentirosos al único pueblo que Dios había escogido, que se maldijo por haber roto sus reglas. Debió haber rechazado la invitación de la infiel.

—Detenga el coche ahora mismo —gruñó.

Sarah le echó una mirada rápida.

—Todavía no hemos llegado, Madison.

—La única razón por la que acepté subirme a su coche, es porque por un momento tuve la ilusión de poder ayudarla a que se arrepintiera de sus pecados y que regresara a la verdad.

—¿Regresar? —repitió Sarah entre risas—. Prefiero arder en el infierno antes de tener que regresar —dejó de reírse cuando notó su enfado y agregó en un tono más relajado—: No quise ofender tus

creencias Madison, solo intento ayudarte porque una vez estuve en tu lugar. No tienes por qué bajarte del coche, prometo no decir una palabra más hasta que lleguemos, ¿estás de acuerdo?

Ella cruzó los brazos y resopló, luego desvió la mirada hacia la ventanilla.

—Bien… —aceptó el trato.

23 MESES ANTES DEL FIN

«MANIPULAN a las personas con enseñanzas fantasiosas», desde hacía varios días su mente no podía dejar de repetir las palabras de Sarah. La infiel había clavado esa duda en su corazón. Su aguijón venenoso había hecho que su fe se tambaleara. En realidad, su fe ya no era tan firme como antes debido a que sus preguntas nunca tenían una respuesta que la convenciera. Su madre siempre le decía que Dios le respondería sus dudas al tiempo correcto, pero que no permitiera que satanás corrompiera su corazón por su falta de entendimiento.

Madison se reclinó en la butaca y se llevó una goma de mascar a la boca. Cada vez le era más difícil no sentirse incómoda con los discursos que daban los pastores. Miró a Alison que estaba sentada a su lado escuchando atentamente al pastor Steve Worm. Se preguntó como hacía su madre para mantener ese entusiasmo. Si por ella fuese, hubiese preferido haberse quedado en su casa viendo la televisión. Y no asistir a la iglesia tres veces por semana. Sabía que desilusionaría a su madre si se enteraba de cuáles eran sus verdaderos pensamientos.

Giró la cabeza a su derecha y observó a Abigail Morgan, en las últimas semanas había podido conocer un poco más a su nueva vecina, pero no lo suficiente para cuestionar su fe con ella. Lo que sucedía en su interior estaba podrido y si alguna vez salía a la luz, hasta podían considerarla una infiel. El miedo le atravesó el pecho e hizo un gran esfuerzo para escuchar el discurso con atención.

«Queridos hermanos, volvamos a nuestra idea original sobre el deleite que la mujer aporta a la tierra. Verán, existen tres razones por la que están aquí ¿saben cuáles son?»

Alison la miró por encima del hombro y se tocó una oreja sugiriéndole que prestara atención a lo que el hermano Steve Worm estaba a punto de decir:

«…la primera, es para servir a Dios, y por supuesto es por eso que

nosotros también estamos aquí, para servir a Dios. Eso es lo primordial. Pero la segunda razón por la que las mujeres están aquí, es para suplir las necesidades de los hombres. Y la tercera razón, es para entregarse al hombre que han elegido…»

Madison se rio esperando a que el pastor dijera que estaba bromeando, pero él continúo su discurso como si nada. Echó una ojeada a su alrededor y nadie parecía afligido por lo que el hermano Worm acababa de decir.

«…Estas son las tres razones por la que están aquí y por la cuales existen. Además, las mujeres están bien equipadas para este papel. Su deseo desde la infancia usualmente es el de casarse y complacer a su marido. Recuerden hermanas cuando apenas eran unas niñas… apenas aprendiendo a caminar ¿acaso no disfrutaban jugar a las muñecas? Y a medida que comenzaban a crecer y jugaban con su hermano menor ¿qué era lo que más querían jugar? Todavía recuerdo a mi hermana diciéndome: Juguemos a la casita —comentó su anécdota entre risas—. Pero eso es propio de la naturaleza de la mujer. Es la forma en la que Dios la diseñó. Es el contenido de pensamiento que nuestro Señor ha puesto en sus genes que hacen que sean más empáticas…»

Un calor empezó a subirle de los pies a la punta de la cabeza. Las yemas de los dedos de Madison se habían vuelto blancas debido a la fuerza con la que apretaba su biblia. ¿Acaso a nadie le parecía que ese era un discurso que menospreciaba la capacidad de una mujer? Buen Dios, si ella hubiera sido su hermana mayor lo hubiera corrido con una escoba por todo el parque por insolente.

«…Cada mujer tiene lo que se necesita para complacer al hombre. Algunas han fallado en utilizar lo que tienen de una buena manera causando mucha infelicidad y tristeza. Pero, ¿qué hay de ustedes hermanas? ¿Complacen a sus maridos en todos los sentidos que les es posible? ¿Se esfuerzan por satisfacer su hambre de ternura, amor y respeto?»

Madison no podía creer que hasta su madre asentía con la cabeza los dichos del hermano Steve. Esperaba que esas políticas cambiaran

en el nuevo mundo reestablecido. Alison se ladeó hacia ella y susurró:

—Deberías tomar nota del discurso del hermano Worm, cariño, para que vayas preparándote para cuando tengas a tu esposo.

De pronto, sintió retorcijadas en la boca del estómago.

«…Puede que ustedes hermanas reconozcan que son de mente más rápidas que la de sus esposos. Muchas veces este es el caso: El hombre conoce a una mujer y la mujer conoce al hombre, y se enamoras, y el muchacho se casa con la muchacha. Poco después el muchacho descubre algo ¿saben que descubre? Él descubre que la muchacha es más inteligente que él, que ella es de mente más rápida que él. ¿Pero saben algo más? Poco después del matrimonio la mujer descubre algo ¿saben lo que descubre? Ella descubre que es más inteligente que el chico.

Pero la mujer que es realmente una persona femenina a pesar de saber que ella es de mente más rápida que su marido, deberá esforzase mucho por nunca mostrar que ella es más rápida de mente que su marido. A medida que la persona femenina se somete a su marido, ella reconoce su jefatura. Saben, los científicos dicen que la capacidad craneal de una mujer es diez por ciento más pequeña que el de un varón. La ciencia también ha descubierto que el cráneo de una mujer es más ligero que el de un varón. Ahora, esto demuestra que ella simplemente no está equipada para desempeñar el papel de la jefatura. Su papel es uno de sometimiento al hombre. Su papel es de sumisión y eso significa que ella debe reconocer que ella es una mujer y nunca desear ser algo para lo que no están equipadas…»

—Pero que porquería son esas… —se escapó de los labios de Abigail Morgan.

Finalmente, alguien se atrevía a decir en voz alta lo que ella pensaba. Por suerte para Abigail nadie más la había escuchado.

—¿Cómo dices? —preguntó Madison, haciendo de cuenta que no la había oído.

Evidentemente, Abigail había tomado noción de lo que había dicho. Se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y contestó:

—Que discurso más interesante.

Madison asintió con la cabeza. Se sintió un poco decepcionada de que no hubiera sostenido sus pensamientos. Pero no podía culparla, si ella misma ocultaba los suyos.

El pastor Jackson Rotten le indicó que tomara asiento cuando ingresó a la sala auxiliar de la iglesia después del discurso del pastor Steve Worm. Era la primera vez que Madison ingresaba a la sala por motivo de que un pastor pidiera hablar con ella. Las veces que había ingresado había sido para quitar el polvillo de los muebles. Todo el mundo sabía que cuando pedían hablar en privado era porque algo malo se había hecho. «Tranquila, Madi, hasta el momento nunca nadie ha podido leer las mentes», se tranquilizó a sí misma. Estaba segura de que si alguien leía los pensamientos que había tenido en los últimos días, sería desterrada hasta del planeta tierra. Se llevó las manos al abdomen al sentir una punzada. Corrió una silla y dejó caer el cuerpo sobre ella.

El hermano Jackson rodeó la mesa de roble y se sentó en frente de ella.

—¿Le ha gustado el discurso que ha dado el pastor Steve, hermanita Madison?

¿Si le había gustado el discurso? ¿El discurso en dónde ponían a la mujer como un objeto solo para complacer al hombre? ¡Vaya mierda de discurso! Si el mundo que conocía iba a acabar pronto, esperaba que el nuevo creara mejores especímenes. Y que por cada idiotez que dijera una persona, fuera explosionada. De pronto, pudo imaginarse los restos del hermano Jackson por toda la sala. Sacudió la cabeza. Buen Dios, algo no andaba bien con ella.

—Ha sido un excelente discurso —y cada palabra que salió de su boca se sintió como un ácido que corría por su garganta.

—Seguramente le debe intrigar el motivo de esta reunión.

—Le mentiría si le dijera que no.

El hermano Jackson sonrió. Eso debía ser una buena señal, ¿verdad que sí?

—Su madre ha venido a hablar con nosotros.

Madison arrugó el entrecejo.

—¿Ah, sí?

—Nos ha podido que habláramos contigo.

¿Por qué diantres su madre había hecho eso? Se aclaró la garganta y trató de sonar lo más relajada posible cuando preguntó:

—¿Puedo saber por qué motivos?

—No tiene nada de qué preocuparse hermana Madison, su madre solo nos ha pedido ayuda para que la animáramos con el tema del bautismo —le aclaró—. Ella está preocupada porque ya has cumplido los dieciséis y la mayoría de las hermanitas de tu edad ya lo han hecho. Pero le hemos dicho que el bautismo debe nacer de tu corazón y que nadie puede obligarte.

Los hombros de ella se relajaron al sentir que la presión del bautismo se alivianaba.

—Agradezco que sea tan compresivo, hermano Jackson.

Él entrelazó los dedos de las manos y apoyó los codos sobre la mesa de roble.

—¿Puedo hacerle una pregunta hermanita Madison?

—Por supuesto…

—¿Usted cree que el fin está a la vuelta de la esquina?

Eso era lo que venía escuchando desde que había nacido.

—Sí.

—Entonces debe saber que solo las personas que le dedican su vida a Dios tendrán su aprobación —prosiguió él—. ¿Qué sucedería si nuestro Señor decidiera adelantar su fecha para darle fin a este

malvado mundo y te encontrara aun dudando?

—¿Sería destruida?

—¿Y cómo crees que se sentiría tu madre al respecto?

—Le destrozaría el corazón.

El hermano Jackson se reclinó en la silla y la miró fijamente a los ojos.

—¿Ahora comprende la urgencia que tiene su madre para que le dedique su vida a Dios?

—Sí.

—No permita hermana Madison que la tibieza espiritual la debilite —dijo—. Un vaso con agua tibia no nos sirve ni para los días fríos ni para los días calurosos. ¿Acaso quiere seguir siendo un vaso de agua tibia hermanita?

—No.

—Eso fue lo que pensé.

Madison no dejaba de pensar en que se estaba convirtiendo en una persona horrible y egoísta. Tal vez bautizarse era lo que necesitaba para purificar sus pensamientos.

—No quiero entristecer a mi madre.

El pastor Jackson estiró un brazo y apoyó su mano sobre la suya.

—Lo sé, pequeña —expresó—. Sé que sientes miedo, pero debes ser valiente. Debes enseñarle al diablo que te encuentras del lado de nuestro Señor, porque así es ¿verdad?

—Sí, claro que sí.

—Joseph Darkness, el ungido de Dios, ha sido iluminado para guiarnos en este camino de salvación. Y ese camino tiene sus reglas.

Madison tuvo la sensación de que ese recordatorio no había sido lanzado al aire porque sí.

—Una de esas reglas es que no debemos tener trato con los

infieles. Ellos han traicionado a nuestro Dios y han elegido el camino de satanás. ¿Tú estás de acuerdo con esa regla, hermana Madison?

Tragó saliva. Definitivamente, ese recordatorio no había sido lanzado al aire porque sí.

—Sí, pastor Jackson.

—Entonces pasaré por alto de que te hayan visto bajando del vehículo de Sarah Anderson hace algunos días atrás —comentó—. Me quedaré con la idea de que no sabías de que ella es una infiel.

—¿Puedo saber por qué razón excomulgaron a Sarah Anderson?

—Por canibalismo.

—¿Canibalismo?

—Donó su riñón a su hijo —le aclaró—. Pero Dios es justo y la castigó por no confiar en él. Su hijo no sobrevivió a la operación.

Ella había perdido a su padre y se sentía horrible, y creyó que la pérdida de un hijo debía ser aún peor. ¿Qué clase de Dios le quitaría un hijo a su madre como castigo?

—Tendremos bautismo la próxima semana —le informó—. ¿Decidirás unirte al único pueblo verdadero de dios en la tierra? —quiso saber el pastor Jackson.

Madison asintió con la cabeza. Él la anotó en su agenda antes de decirle que eso era todo. Ella se levantó de su asiento y se dirigió a la salida. Se detuvo en la puerta cuando el hermano Jackson le habló.

—Otra cosa hermanita, debería usar blusas más holgadas para que sus aspectos más femeninos no sean tan llamativos.

Instintivamente, Madison se cubrió sus pechos con las manos. «O tal vez él no debería centrar su vista en esa parte de su cuerpo», pensó.

—Larga vida a Joseph Darkness —murmuró el hermano Rotten.

—Larga vida…

22 MESES Y 3 SEMANAS ANTES DEL FIN

MADISON se echó sobre la alfombra de su alcoba a un lado del radiograbador que reproducía la canción que en los últimos meses no dejaba de sonar en todas las emisoras: escalera al cielo de Led Zeppelin. Fijó la vista en el techo blanco y se llevó las manos sobre el abdomen. ¿Cuál era el costo para comprar una escalera al cielo? Resolver los misterios de la vida. Sonrió para sus adentros. Estiró un brazo y bajó un poco más el sonido del radiograbador para que su madre no escuchara la música que no se podía oír bajo su techo. El rock era un género creado por el diablo destinado a tentar a las personas a hacer lo incorrecto. Evidentemente, ella había caído en sus redes.

Le dio el último bocado a su chocolatina y lo saboreó despacio antes de que se deshiciera en su boca. De repente, apagó el radiograbador cuando escuchó la voz de su madre en el corredor. Golpearon dos veces la puerta de su alcoba. Madison se levantó del suelo de golpe y abrió la biblia que estaba sobre su escritorio y le dijo a Alison que podía entrar cuando golpeó por tercera vez. Su madre la halló en su silla cuando ingresó.

—¿Te encuentras ocupada, cariño? —preguntó Alison.

Madison cerró la biblia y sonrió.

—Solo estaba leyendo los versículos que el pastor Jackson me pidió que leyera para el bautismo.

Alison avanzó dos pasos hacia ella.

—Puedes continuar con eso después, porque ahora te tengo una sorpresa.

—¿Una sorpresa? —repitió, despacio.

—¡Ya puedes pasar, cielo! —gritó su madre.

Luego de un momento, David, su hermano, ingresó por la puerta. Ella se levantó de la silla y corrió a abrazarlo.

—¡David! —exclamó—. No sabía que vendrías.

—Queríamos darte una sorpresa —intervino su madre.

David extendió los brazos que tenía apoyados sobre sus hombros, echó la cabeza hacia atrás y la miró a los ojos.

—¿Cómo iba a perderme el bautismo de mi hermana pequeña? —mencionó—. El día más especial de su vida.

Madison esbozó una sonrisa incómoda. Parecía que el bautismo era especial para todos menos para ella. Arrugó el entrecejo cuando vio dos maletas en el corredor.

—¿Planeas quedarte por varios días? —preguntó emocionada.

David y su madre intercambiaron miradas cómplices.

—David ha venido para quedarse —contestó Alison.

—¿Para quedarse? —redundó Madison. Miró a su hermano y agregó—: ¿Qué es lo que pasará con la universidad, David?

—¿Qué sentido tiene ser abogado cuando el mundo que conocemos solo le quedan unos pocos meses? —replicó él—. Prefiero abocar mi vida al servicio de Dios, y ayudar a otras personas para que no la pierdan.

¿Qué diantres pasaba con su hermano mayor? Su familia había hecho un gran sacrificio para que él pudiese ingresar a la universidad.

—¿Qué sentido tiene abandonar una carrera cuando solo te quedan unas pocas materias para terminarla? —le cuestionó ella—. ¿Qué sentido tiene haberte endeudado si tirarás todo por la borda?

David Jones era igual de alto como había sido su padre, pero con los rasgos delicados de su madre: cabello castaño con mechas doradas debido a la exposición al sol, labios delgados pero firmes, nariz respingada y un rostro anguloso que encajaba a la perfección con su ejercitado cuerpo.

—¿Qué es lo que ocurre contigo, Madi? —farfulló David—. Pensé que te haría feliz la noticia de que regresaría a vivir con ustedes.

¡Por él su madre y ella se habían mudado! ¡Por él habían vendido su antigua casa!

—Y la deuda quedará cancelada cuando entremos al nuevo mundo dentro de unos meses —siguió él en un tono molesto—. ¿Acaso has perdido la fe?

Alison se acercó a su hijo y apoyó una mano sobre su hombro.

—Debes encontrarte algo cansado por el viaje David —murmuró su madre—. Porque no vas a darte una ducha, mientras tanto iré a prepararte algo de comer.

Su hermano asintió con la cabeza y se retiró. Su madre esperó a que David se alejara para voltearse hacia ella.

—Deberías ser más empática con tu hermano, Madison —le cuestionó—. ¿Crees que para él no ha sido difícil dejar la universidad?

—No debió haberlo hecho —respondió Madison—. ¡Vendimos nuestra casa por David! —exclamó—. La casa en donde estaban todos los recuerdos de mi padre.

—Él ha hecho lo correcto —lo justificó Alison—. Significa que su fe es grande y confía de que pronto volveremos a ver a tu padre y otra vez estaremos todos juntos de nuevo.

Madison se llevó las manos a las caderas e inclinó la cabeza hacia un costado.

—¿Alguna vez no has dudado de que todo esto sea cierto? —preguntó.

—¿A qué te refieres?

—Nunca has dudado de que sea un engaño de que el mundo se acabará en 1975 —continuó—. A que habrá una resurrección, paraíso, eternidad…

En el entrecejo de su madre no cabía ni una arruga más.

—¿Acaso tú tienes dudas? —las palabras salieron de su boca como bolas de fuego—. ¿Dudas de Joseph Darkness?

—Es que… es que a veces todo suena tan irreal —le confesó—. Que Dios haya elegido a un hombre para que interprete la biblia y que su interpretación sea la única verdad. He estado leyendo algunos libros y he descubierto que algunas personas sufren de lo que se llama delirio mesiánico ¿y si Joseph Darkness solo tiene un delirio mesiánico?

De pronto, sintió un fuerte ardor en su mejilla. Su madre le había abofeteado.

—¿Cómo te atreves a hablar de esa forma de Joseph Darkness? —rugió Alison—. Blasfemar contra él es igual que pecar contra el espíritu de Dios. ¿Sabes que es lo que les pasa a las personas que pecan contra su espíritu?

—Dios le quita su aprobación y serán eliminados de su mente como lo hizo con Adán y Eva —respondió, mientras se llevaba una mano a la mejilla.

—¿Y tú quieres eso para ti Madison?

—No.

Alison empezó a recorrer su alcoba y a revisar entre sus pertenencias.

—¿Qué es lo que estás haciendo, madre? —preguntó ella, a la vez que la seguía por detrás.

Su madre tomó los libros que tenía en la repisa y los comenzó a arrojar al suelo.

—Algo que debí hacer en el momento en el que comencé a notar que tus pensamientos se estaban desviando del camino correcto.

¿Qué había de malo con hacer preguntas? Después de todo, Joseph Darkness solo era un ser humano como ella. ¡Ni siquiera era un hombre extraordinario! Según él, Dios había examinado su corazón y

lo había elegido entre todas las religiones, privilegiándolo con entendimientos para iluminar a los siervos verdaderos. Al ungido de dios le gustaba repetir que la luz se haría más brillante a medida que el fin se acercara. Sabía que debía sentirse privilegiada de que Dios la hubiera escogido para que viviera en el nuevo mundo, pero no podía dejar de pensar de que 1975 podía ser un año como cualquier otro. ¿Y si nada ocurría? ¿Y si David había tirado sus estudios a la basura por nada?

Levantó los libros que su madre había arrojado al suelo y los puso sobre la cama. Abrió grande los ojos cuando Alison sacó el casete de Led Zeppelin del radiograbador y empezó a quitarle la cinta hasta destruirla. Ella no tuvo tiempo de quitárselo de las manos para salvarlo.

—¡Por qué has hecho eso! —chilló.

—¿Por qué? ¡Sabes muy bien el por qué Madison! ¿Acaso no has prestado atención al discurso que ha dado el pastor Anthony hace unos días? Él fue muy claro con respecto a escuchar este tipo de música.

—¡Santo cielo, madre, la música es solo música!

—No solo es música, Madison, el aspecto que llevan esas personas, las letras de sus canciones, sus conductas, las cosas que promueven se alejan de la voluntad de nuestro Señor.

—¿Acaso tú has oído su música o solo repites lo que otros te han dicho?

Alison alzó el mentón y entrelazó los dedos de sus manos.

—Confío en los consejos que da la hermandad.

Madison se limpió una lágrima con las yemas de los dedos.

—Creo que todos ellos están equivocados —se atrevió a contradecirla.

—Voy a rezar por ti cariño, para que Dios te ilumine con más entendimiento —murmuró, pisando el casete con el tacón de su zapato

—. Espero que el bautizo te llene de espíritu santo y te limpie de esas ideas retorcidas y empieces a hablar en el lenguaje puro.

¡Por qué todo le seguía sonando tan absurdo! ¿Por qué no podía ser una adolescente como cualquier otra? Preocuparse por sus notas escolares y no porque el fin del mundo estuviera cerca.

—Oh, mi hermosa niña —farfulló su madre, extendiendo un brazo hacia ella—. Solo quiero salvarte del mundo exterior, lo sabes ¿verdad? Únicamente encontrarás amigos verdaderos en el pueblo de Dios. El mundo es peligroso y está repleto de personas malvadas que querrán lastimarte.

22 MESES Y 2 SEMANAS ANTES DEL FIN

AHORA podían llamarla formalmente hermana Madison Jones. Ante los ojos de Dios ella era un nuevo miembro de la verdad. El bautismo había sido algo rápido, no había sentido nada extraordinario al sumergirse de cuerpo completo en agua helada. Tal vez había sobrevalorado el hecho de creer que el espíritu santo bajaría a acomodarle sus insanos pensamientos o tal vez a darle milagrosamente entendimiento a algunas de sus preguntas. Pero nada de eso había ocurrido. Por lo menos ahora ella podía decir que había hecho feliz a su madre y a su hermano. Los demás miembros de la verdad empezaron a felicitarla por su bautismo y a darle la bienvenida a la hermandad que estaba creciendo en todo el mundo y que pronto todos estarían reunidos en el nuevo orden.

Después del discurso de bienvenida que los pastores habían dado a los recién bautizados, Lily Spencer le pidió si podía acompañarla a la casa de su hermana Miriam, ante la insistencia de su madre para que acompañara a Lily no tuvo más remedio que aceptar. Durante el trayecto tuvo que oír todas las cosas que podría hacer por la hermandad ahora que era un miembro legal de la verdad. Madison empezó a sentir el sabor del arrepentimiento de haber dado ese paso. Estaba segura de que de los labios de Lily Spencer había salido la palabra voluntariado más de cien veces. Y más de cien veces había querido que la tierra la tragara y la llevara al mismo infierno.

—¿Te encuentras bien, Madi? —preguntó Lily, al estacionar el vehículo delante de la casa de Miriam—. Perdón, ahora debo llamarte hermana Madison, antes éramos como primas, pero ahora somos legalmente hermanas —le sujetó una mano y añadió—: Estoy aquí para lo que me necesites, puedes confiar en mí.

Sí, claro, si le dijera lo que realmente pensaba ella sería vista como la reencarnación del mismo demonio. Además, Lily era la persona más entrometida que había conocido y no tardaría ni un día

en esparcir sus secretos. Había caído en cuenta de que debía cuidarse mucho más que antes, que sus acciones y pensamientos ahora si tenían consecuencias: la excomulgación; lo que significaba perder a su madre y a su hermano. El ardor que sentía en su estómago se intensificó. Madison se limitó a sonreír y respondió:

—Solo estoy agotada —dijo—. He tenido demasiada emoción por un día.

—Y no es para menos, hoy es el día más importante de tu vida —expresó—. Has nacido de nuevo y te esperan cosas maravillosas.

A veces deseaba tener un poco de ese optimismo que tenía Lily. La fe ciega hacia la verdad. Pero la duda se había implantado en su cabeza y le empezaba a inquietar que nadie pudiese responder sus preguntas. No podía dejar de sentirse como si estuviese caminando por una avenida con una venda en los ojos. Esperaba que el bautismo ejerciera su efecto y fortaleciera su fe. Hizo un gran esfuerzo para sentir más empatía por Lily.

—Miriam debe estar esperando el paquete —le recordó Madison.

—Oh, sí, mejor adelántate que yo te seguiré en un momento.

Madison se bajó del coche e ingresó a la casa de Miriam al hallar la puerta abierta. La hermana mayor de Lily le hizo una seña con la mano para que pasara al comedor. Ella se hallaba sentada detrás de una mesa larga, acomodando unos papeles. Miriam se había casado no hacía mucho tiempo con el hermano Aaron Evans. Desde que se había mudado a su nueva iglesia, siempre le había llamado la atención Miriam, por más calor que hiciera ella no dejaba ninguna parte de su cuerpo al descubierto. Se suponía que un matrimonio de recién casados debía brillar de felicidad, pero la felicidad era lo que menos brillaba en la cara de la hermana de Lily.

—Debo felicitarte por tu bautismo —mencionó Miriam—. Lamento habérmelo perdido.

—No te preocupes, Lily mencionó que estabas atareada con trabajo.

—Trabajo para la obra de Dios —le aclaró—. Atender una iglesia en otro idioma no es una tarea sencilla.

Madison sujetó unos borradores que estaban escritos en chino.

—Es el discurso que dará mi marido el domingo —murmuró Miriam, quitándoselo de las manos.

—¿Tú eres la persona que los prepara? —preguntó.

—Entiendo chino mejor que él.

Entendía que su esposo se llevaba los aplausos por algo que no hacía. Él era famoso por sus excelentes discursos en otro idioma y siempre lo ponían como ejemplo, pero resultaba que era su esposa quien estaba detrás de ellos. ¡Eso era injusto!

—Mereces tener todo el reconocimiento —comentó en un tono algo molesto.

Miriam esbozó una tímida sonrisa.

—Mi esposo es mi cabeza y no debo sobrepasar el lugar que me corresponde —expresó—. Y nadie debe enterarse de esto —agregó, para que Madison no dijera una palabra al respecto.

¡Su esposo era un embustero! Se aprovechaba de la inteligencia de Miriam para subir escalones dentro de la iglesia. Y a veces el hermano Evans tenía el descaro de decir de lo agotador que era hacer discursos en otro idioma. ¡Agotador debía ser estar casado con él! ¡Miriam debía reprimirse debido a la inseguridad de su esposo! Esa era una de las razones por la que nunca podría casarse. No soportaba toda esa basura de la mujer sumisa, que no podía enseñar sus talentos para no opacar al hombre que tenía al lado. ¿No se suponía que la mujer también era parte de la creación? ¿Y si Adán también había sido un embustero? ¿Y si había responsabilizado a Eva por algo que no había hecho? ¿Y si Eva había aceptado la culpa por ser una esposa sumisa? Después de todo, la biblia había sido escrita por hombres.

—No desperdicies tu talento, Miriam —se sintió en la necesidad de decirlo.

—Justamente eso es lo que hago, uso ese don para la obra de Dios.

Lily las interrumpió cuando ingresó a la sala sujetando una caja. Y le pidió que la acompañara al jardín para que la ayudara a desempacar las cosas que había dentro de ella. Empatía. Esa era la cualidad que trataría de desarrollar ese día. Madison la acompañó al jardín. Abrió grande los ojos cuando se encontró con su madre y su hermano David junto a varios feligreses de la verdad, sosteniendo un cartel que le daban la bienvenida a la hermandad.

—¡Sorpresa! —gritaron ellos.

Madison miró de golpe a Lily y ella se encogió de hombros al hallarse atrapada por haber sido cómplice de la sorpresa.

—¿Acaso pensabas que no íbamos a celebrar este día tan importante para ti, cariño? —murmuró Alison.

Buen Dios, si ese era su día más importante ¿entonces por qué no lo sentía así? Otro ardor más fuerte se acentuó en la boca de su estómago. Y una vocecita empezó a susurrarle al oído la palabra farsante.

La mandíbula había empezado a dolerle por tanto esforzarse en sonreír. Fingía delante de los demás una felicidad que por dentro no sentía realmente. Se suponía que ella era una persona afortunada por hallarse en el verdadero pueblo feliz de Dios. Pero cuando veía los rostros de cada miembro de la hermandad la felicidad se sentía como un espejismo. Una felicidad ficticia. Una felicidad asumida solo porque se repetían esa palabra vez tras vez. No se sentía real. Nada de eso se sentía real.

—¿Te encuentras bien, Madi? —preguntó Cloe Sherman cuando se acercó a ella.

Había perdido la cuenta de cuantas veces le habían hecho esa

pregunta durante todo el día.

—Demasiada emoción por un día —respondió Madison, mecánicamente.

—Me alegra no haberme perdido tu bautismo —dijo Cloe—. Mis padres están preparando el viaje a Centroamérica para el próximo mes.

—¿Te irás a Centroamérica? —repitió en un tono algo consternado.

Cloe era una de las pocas personas con la que ella había podido conectar.

—Sí, mis padres ya han concretado la venta de nuestra casa —contestó—. Ellos creen que lo primordial en estos momentos es salvar vida. Debemos anunciar que en 1975 empieza una nueva era para la humanidad.

Había oído que muchos de los miembros de la verdad estaban vendiendo sus propiedades para usar ese dinero en sus viajes de misioneros y lo que sobraba lo donaban a la organización de Dios. Pero Madison no podía dejar de pensar que era lo que iba a suceder con esas personas si la profecía de 1975 no ocurría. ¿Y si el mundo seguía igual como estaba ahora? ¡Todo le parecía una completa locura! Tal vez estaba siendo una egoísta desconsiderada. Pero nadie le quitaría de la cabeza que era injusto que los padres de Cloe la obligaran a dejar sus estudios. Madison se inclinó hacia ella y le susurró en un tono de confidencia:

—¿Alguna vez has dudado de la verdad? ¿Alguna vez has dudado de 1975? —se atrevió a preguntar con la consecuencia de que su duda pudiese ser delatada.

Era la primera vez que veía los ojos de Cloe brillar.

—Todo el tiempo —contestó en voz baja—. ¿Crees que Joseph Darkness sea un mentiroso?

—A veces quisiera saber un poco más sobre el origen de la

verdad —admitió—. ¿Y si la verdad no es la verdad? —cuestionó.

—Encontrarás en la biblioteca de la iglesia los libros que te darán esa información y eso te ayudará a tener más convicción —respondió Cloe—. Es lo que últimamente estoy haciendo para fortalecer mi fe.

—¿No te parece extraño que solo podamos tener acceso a esos libros? ¿Qué tengamos prohibido leer libros o información de otras fuentes?

—Eso es debido a que las otras fuentes no tienen la aprobación de Dios.

—¿Según quién?

—¿Joseph Darkness? —Cloe hizo una pausa y continúo—: Él es uno de los ungidos de Dios, fue escogido para que alumbrara el camino de la verdad y salvación. Su alimento espiritual siempre nos llega al momento adecuado.

—¿Cómo sabemos que todo lo que él dice es verdad?

—No deberíamos hacer este tipo de preguntas; hacerlo sería como cuestionar a Dios.

—¿Según quién?

—¿Joseph Darkness? —refutó Cloe.

Las dos no dijeron una palabra más, pero el silencio había dicho lo suficiente.

—Las dudas nos conducirá al infierno —añadió Cloe, observando la nada misma.

—A veces creo que ya estamos en el infierno.

Abigail Morgan, que recién se unía a su fiesta sorpresa, se acercó a ella sosteniendo un vaso con refresco.

—Mis felicitaciones, hermanita Madison, ya eres un nuevo miembro de la verdad —murmuró Abigail, con la voz cargada de sarcasmo.

—Por un momento creí que ella nunca daría ese paso —comentó Cloe, divertida.

Abigail se inclinó hacia delante y susurró:

—No tienes idea en lo que te has metido Madison Jones.

—No deberías asustarla, Abigail —intervino Cloe.

—¿En cierto que te irás a Centroamérica? —preguntó Abigail, bebiendo un sorbo de su refresco.

—Sí, mis padres ya han vendido nuestra casa —afirmó.

—Sabes que no tienes que ir si no quieres hacerlo ¿verdad? —explayó Abigail.

—¿Y a dónde iría si no viajo con ellos?

—Puedo ayudarte…

—Agradezco tu buena intención Aby, pero ni siquiera puedes con tu propia vida ¿cómo podrías ayudarme? —repuso Cloe.

—Podrías vivir en mi casa, de ese modo continuarías con tus estudios y, además, podrías conseguir un empleo de medio tiempo —se ofreció Madison.

—No quedaría bien visto dentro de la hermandad que me mude contigo, Madi, y menos ahora que tu hermano ha venido a vivir con ustedes —dijo Cloe—. Igual, es lindo saber que puedo contar con ustedes. Tal vez el calor y la arena sea como estar viviendo en el paraíso por adelantado.

Ellas se rieron para romper con la tristeza que había en sus corazones y continuar con la farsa de la hermandad feliz.

—¿Tu hermano David tiene una relación con Susan Rotten? —preguntó Abigail, señalando hacia su derecha con el vaso.

—No lo creo, recién hace una semana que David ha regresado de la universidad.

—Pues parece que se conocen desde hace tiempo —replicó

Abigail con picardía.

De pronto, su hermano David levantó la voz para que todos los presentes lo escuchara y dijo:

—Sé que este es un día muy especial para mi hermana Madison. El día que ha decidido ser parte de la salvación —David la miró sonriente y agregó—: Bienvenida a la hermandad, cariño —esperó a que todos dejaran de aplaudirla, y siguió—: También quisiera aprovechar este momento de tanta alegría para anunciar mi noviazgo con Susan.

Madison dirigió la vista hacia su madre para ver su reacción, ella lucía tan feliz por la noticia como la reciente pareja. ¿Acaso su madre estaba al tanto de su relación? ¡Pero si ellos a penas se conocían! Sabía que ningún miembro de la verdad podía salir juntos sin antes anunciarlo a los demás. Las habladurías corrían y podían llevarlos a la sanción. Hasta ella que hacía solo unos pocos meses que se había mudado a Sheboygan sabía casi nada de Susan ¿cómo diantres David podía conocerla?

Susan Rotten era la hija mayor del pastor Jackson. Ella siempre estaba muy abocada en sus actividades seglares y se llevaba muy bien con Lily. Empezó a sentir que le costaba respirar cuando se imaginó almorzando un domingo con la familia Rotten. Susan era una joven desabrida, que, al minuto de conocerla, podías olvidarla al siguiente. Ni siquiera había notado su presencia, hasta que su hermano la mencionó. Ella era unos años mayor que David.

Abigail le ofreció un poco de su refresco y ella le dio un largo sorbo. Arrugó el entrecejo y volvió a escupir la bebida al vaso.

—¿Acaso tu refresco tenía alcohol?

—Probablemente de ahora en adelante se convierta en tu nuevo mejor amigo.

—¿Por qué dices esos?

Abigail dio un paso hacia ella, apoyó una mano sobre su hombro y la miró directamente a los ojos.

—En el fondo ya conoces la respuesta de esa pregunta —expresó.

Fanatismo, el falso incendio de las mentes sobrecalentadas

-William Cowper

MIRIAM Spencer, hubiese preferido seguir usando su apellido de soltera que el de su marido: Evans. Ella siempre había llevado una vida ejemplar. Nunca hubiese imaginado tener que pasar por un juicio al poco tiempo de casarse. Su esposo Aaron la había denunciado ante los pastores por ser una esposa fugada. Lamentablemente lo era. Se acomodó en su silla y apoyó su pierna izquierda sobre su rodilla contraria. Que culpa tenía ella de que su esposo hubiese demostrado su verdadera cara después de casados. Su noviazgo había sido corto y prácticamente no habían tenido tiempo a solas, siempre había habido un tercero acompañándolos para que la tentación no los llevara al pecado. Aaron le había enseñado su cara más encantadora, la que siempre le enseñaba a los demás, y no el monstruo que era en realidad por dentro. Había romantizado la imagen de Aaron y había cometido la peor estupidez de su vida: casarse con él.

—No tenemos pruebas de sus acusaciones contra su esposo, hermana Evans —explayó el pastor Steve Worm, luego de que Miriam alegara los motivos por los que había abandonado su hogar.

—Debe esmerarse más para que su matrimonio funcione. Recuerde que debe ser una mujer fiel y dócil —añadió el pastor Anthony Sniff—. Igual que lo fueron las esposas de los siervos fieles de Dios de la antigüedad. Puede encontrar sus ejemplos en la palabra del señor.

Era desesperante que los pastores no la tomaran en serio. Ya de por sí había sido difícil tener que hablar de sus intimidades con ellos, por más que el señor los hubiera escogido para que dirigieran a la congregación, no dejaban de ser hombres imperfectos que la castigaban con sus miradas juzgadoras. Y más intimidante era tener a su esposo sentado detrás de ella escuchando cada una de sus palabras. Ni siquiera se había atrevido a mirarlo, si regresaba con él, probablemente habría represaría por lo que había hecho. El corazón le

empezó a latir más deprisa. El miedo le hizo abrir la boca y refutar con más fuerza lo que les había confesado:

—Mi esposo me ha mentido en todo, hasta el hecho de que tenía un empleo —continuó con la voz quebrada—: Es violento y me ha forzado a acostarme con él.

—Es su deber como esposa cumplir en sus relaciones sexuales con su marido, hermana Evans —expresó el pastor Jackson Rotten.

—Su esposo nos ha dicho que usted es obstinada y desobediente, y que le gusta inventar historias ¿a quién le debemos creer, hermana Evans? —cuestionó el pastor Steve Worm, en un tono condescendiente.

Miriam se inclinó hacia ellos y les rogó que le permitieran divorciarse, que no la hicieran regresar al lado de su esposo.

—Lea más la biblia, hermana Evans, que la ayudará a que su matrimonio funcione. Además, entenderá que según las escrituras sus motivos no son razonables para un divorcio —alegó el pastor Rotten —. Recuerde que prestar falsa información a un miembro de la congregación es grave —le lanzó una evidente indirecta.

—Si usted continua con esa postura de esposa rebelde tendremos que excomulgarla, hermana Evans —le advirtió el pastor Anthony Sniff.

¿Excomulgarla? ¡Ellos no podían hacer eso! Significaría su muerte social. Había nacido dentro de la verdad y era todo lo que conocía. ¿Cómo podría enfrentarse sola al mundo de satanás? Tal vez ellos tenían razón y ella había provocado la mala conducta de su esposo.

—¿Entiende que nuestros consejos provienen de Dios? ¿Y qué Dios solo quiere su felicidad?

Miriam se humedeció el labio inferior con la lengua y asintió con la cabeza.

—Puede retirarse hermana Evans, porque ahora debemos hablar

con su esposo —le pidió el pastor Steve Worm.

—¿No puedo quedarme a escuchar? —cuestionó Miriam—. Él se ha quedado en mi juicio.

—¿Ven a lo que me refiero? —gruñó Aaron Evans—. Ella nunca se amolda al papel que debe cumplir como esposa.

—Su esposo se ha quedado en su juicio porque él es su cabeza, hermana Evans —masculló el pastor Rotten, apretando el bolígrafo que tenía en su mano—. Probablemente si fuese más considerada con el hermano Evans, él no perdería la paciencia con usted. Aprenda a respetar el lugar que ocupa y recibirá el cariño de su esposo como recompensa.

Miriam aceptó los consejos que le dieron los pastores y accedió a regresar con su esposo.

20 MESES ANTES DEL FIN

EL FRÍO había congelado el motor del coche de Abigail y por más intentos que hiciera para encenderlo, parecía que el vehículo hubiera muerto. Abigail Morgan le había pedido a Madison que la acompañara a buscar a su perro que se había escapado, temía que, si el cachorro no regresaba a su casa esa noche, él se moriría congelado. Lo habían estado buscando por la costa del lago Michigan, el sitio en donde había sido visto por última vez. Las bajas temperatura de enero habían cubierto con una franja de hielo las orillas del lago.

—Nevará esta noche —murmuró Abigail, acercando la cabeza al volante para ver mejor el cielo—. Golfo debe estar asustado y hambriento.

El cielo estaba bañado por un gris plomizo y muy uniforme, era una señal de que la nevada estaba cerca.

—¿Quieres que recorramos la zona otra vez antes de irnos? —preguntó Madison.

Abigail asintió con la cabeza. Ella se veía angustiada por la desaparición de su cachorro.

—De igual modo, tendremos que regresar a pie —le avisó—. Y buscar una grúa para que se lleve el coche.

Madison se puso su gorro de lana y su gruesa y abrigada chaqueta antes de bajarse del coche.

—¡Golfo! —gritó Abigail, mientras guardaba sus manos en los bolsillos de su abrigo.

Madison entrecerró los ojos cuando el viento helado golpeó contra su rostro.

—No deberías caminar tan cerca del lago, el hielo podría romperse y caer al agua —comentó ella, al notar lo descuidada que

estaba siendo Abigail.

—¿Acaso sientes miedo de que me hunda en el lago? —se mofó, a la vez que saltaba sobre la escarcha.

—No me arrojaré al agua helada para salvarte —le advirtió.

—¿Crees que Golfo haya caído al lago?

—Esperemos que él sea más inteligente que su dueña —respondió—. ¡Ya detente Abigail! —insistió en que dejara de brincar sobre el lago congelado.

Ella actuaba como si su vida le importara nada. Su comportamiento imprudente comenzaba a ponerla nerviosa.

—No seas tan dramática Madison —explayó Abigail, revoleando los ojos—. La probabilidad que existe a que se rompa el hielo es casi nula —le demostró su teoría dando otros saltos.

—¡No es divertido! —se quejó otra vez.

Mientras ella más insistía en que dejara de actuar de esa forma, Abigail ponía más énfasis en hacerla enfadar.

—¡No seré cómplice de tus bromas estúpidas! —chilló.

Le dio la espalda y se alejó de ella dado largas zancadas, echando un atropello de maldiciones. En esos momentos podría estar en su casa tomando chocolate caliente en frente de su chimenea en vez de estar congelándose las narices.

—¡Oh, por Dios, Madison! —exclamó Abigail—. ¡El hielo se ha rajado!

—¡Ja! ¡Y yo soy Santa Claus! —gruñó—. No volveré a caer en otro de tus juegos Abigail.

De repente, se oyó un grito gutural. Ella se volteó de golpe y Abigail había desaparecido del panorama. No dudó en correr en dirección hacia donde el hielo se había abierto. En la desesperación, no había visto a los dos jóvenes que estaban más cerca de Abigail y lograron sacarla del lago antes que Madison llegara.

—¡Te advertí que esto podía suceder! —fue lo primero que salió de su boca luego de asegurarse de que Abigail seguía respirando.

Estaba tan enfadada que quería arrojarla otra vez al agua helada. Abigail tenía los labios morados y tiritaba de frío, y lucía tan conmocionada que había perdido el habla. El muchacho que la había sacado del lago se quitó su abrigo y la cubrió con él.

—Ella debe cambiarse de ropa y tomar algo caliente, la buena noticia es que sobrevivirá —concluyó el joven, mientras controlaba las pulsaciones de Abigail—. ¿Viven por aquí cerca? —preguntó.

Madison negó con la cabeza.

—El coche se ha averiado e íbamos por ayuda —les hizo saber.

—Podemos llevarlas hasta su casa.

Ella no lo pensó dos veces y aceptó su ofrecimiento. Estaba anocheciendo y la salud de Abigail era lo más importante en ese momento. El joven más alto alzó en brazos a Abigail y la cargó hasta el asiento trasero del coche, luego rodeó el vehículo y se subió.

—¿Cómo se llaman? —preguntó el muchacho que encendió el motor.

Arrimó contra su cuerpo a Abigail para que entrara en más calor.

—Soy Madison —se presentó—. Y ella es Abigail.

—Vaya forma de conocernos —murmuró el joven que le había dado los primeros auxilios a Abigail—. Mi nombre es Mark —dijo—. Y él es Liam —señaló al conductor.

—Gracias por ayudar a mi amiga Mark.

—No ha sido nada, me ha servido de práctica. Me encuentro en el primer año de medicina —le aclaró.

Mark parecía ser un muchacho gentil y para ser un infiel, él no lucía como las personas malvadas que la verdad siempre describía que eran. Después de un momento, Liam estacionó el coche delante de la casa de Abigail. Mark cargó en sus brazos a la princesa de hielo, que

aún continuaba en shock, hasta la entrada. Los padres de Abigail abrieron la puerta antes que ellos pudieran golpear. La señora Morgan preguntó toda alarmada que era lo que había sucedido, ella les explicó a grandes rasgos lo que había pasado. La madre de Abigail se llevó a su hija para quitarle la ropa mojada y luego prepararle una tina con agua caliente.

El señor Morgan le devolvió la chaqueta a Mark y en vez de lucir agradecido por lo que él había hecho por su hija, lo miraba como si fuese un delincuente. Mark se retiró sin esperar a que el señor Morgan lo despidiera.

—También debo irme, mi madre se preocupará si no regreso a casa pronto —dijo Madison.

Por alguna razón, el padre de Abigail parecía estar muy molesto.

—Sabes que los pastores deberán enterarse de esta situación ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—A sido una imprudencia de tu parte haber subido a mi hija en el estado en el que se encontraba al coche de unos extraños.

Ella parpadeó, incrédula, no podía asimilar lo que estaba escuchando.

—Y como Abigail prácticamente se hallaba inconsciente, tú tienes toda la responsabilidad de lo sucedido.

¿Él hablaría con el consejo de pastores por haber salvado a su hija?

—¡No puede estar hablando en serio señor Morgan! —chilló—. ¿De qué otra forma hubiera podido ayudar a Abigail?

—Deberías bajar tu tono de voz, en mi casa no tolero falta de respeto.

—¡Pero no he hecho nada malo!

—Entonces no tienes por qué temer.

¿Qué no tenía nada que temer? Todo el mundo sabía que nadie salía feliz después de pasar por las manos del consejo de pastores.

—El motor del coche de Abigail se congeló cuando buscábamos a Golfo —intentó explicarle al señor Morgan.

—¿Golfo? —repitió como si no entendiera de lo que ella estaba hablando.

—¡El cachorro de Abigail!

—Golfo desapareció hace cinco años atrás —le hizo saber él en un tono cargado de desdén.

Eso no podía ser. ¿Qué motivos tenía Abigail de mentirle con eso? Aunque también admitía que ella tenía un humor bastante extraño. ¡Estupendo! Ahora no solo sería señalada por hablar con infieles, sino que además la tildarían de farsante. Cada día que pasaba odiaba más ese lugar. Mientras más hablaba, más embarraba su situación. Decidió no continuar defendiéndose. Comprendió que el señor Morgan hacía eso por miedo de que alguien las hubiera visto y no quería que su hija saliera perjudicada por haberse subido al coche de unos mundanos. Ella sería la comidilla para los cerdos. Abigail no era considerada precisamente como la hija modelo. Respiró hondo y dijo:

—Probablemente me haya confundido.

El señor Morgan abrió la puerta y le señaló la salida con una mano.

—Debe leer más la biblia, hermanita Jones —le recomendó, antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Madison subió la cremallera de su chaqueta hasta el cuello y salió bajo los primeros copos de nieve que empezaban a caer. Las sirenas de la ambulancia y de la policía hicieron que desviara el trayecto hacia su casa. Y no había sido la única que se había dirigido hasta la cinta amarilla que había puesto un oficial para impedir el paso.

—¿Sabe que fue lo que ha ocurrido? —le preguntó al vecino que había llegado antes que ella.

—Creo que ha habido un asesinato —respondió él.

Se puso en puntitas de pie para mirar mejor la escena a través de la multitud. El corazón le empezó a latir con fuerzas cuando vio de qué casa era que salía la camilla cubierta por una bolsa negra.

Madison estaba en shock. Asesinato. Se suponía que esas cosas en el pueblo del dios verdadero no pasaban. Se llevó las manos al estómago para poder respirar mejor. «Asesinato», se repetía en su mente vez tras vez. Ella se apartó de la multitud y empezó a correr en medio de la calzada. Una nube de vaho salía de su respiración. Las calles estaban bordeadas de árboles; los perros ladraban sin parar; la luz amarilla brillaba en las ventanas de los pisos altos de las casas. Sus botas iban dejando un camino de huellas sobre la delgada capa de nieve.

—*En el pueblo del dios verdadero esas cosas no pasan* —susurraba casi sin aliento.

De pronto, impidieron sus pasos sujetándola de un brazo. Sarah, su vecina, la detuvo cogiéndola de los hombros.

—¿Te encuentras bien, Madison? —preguntó—. ¿Qué es lo que ocurre? No puedes correr por medio de la calle, un coche puede atropellarte…

—La han matado… —la interrumpió ella.

—¿A quién han matado?

—Cubrieron su cuerpo con una bolsa negra.

—¿De quién estás hablando? —insistió Sarah.

—Miriam Evans.

—¿La hija de los Spencer?

Madison asintió con la cabeza porque su voz se había ido.

—Pobre muchacha, ¿se sabe quién lo ha hecho?

—Su marido… —balbuceó—. Ha sido su marido.

19 MESES, 3 SEMANAS Y 5 DÍAS ANTES DEL FIN

SU VINCULO con Miriam Evans no había sido muy estrecho, pero su brutal muerte la había afectado. Todavía no podía creer que Aaron Evans, que era considerado dentro de la hermandad como un hermano ejemplar, hubiera asesinado a su esposa con su escopeta. Se suponía que esos actos solo provenían del mundo de satanás y no del pueblo del Dios verdadero. Madison ya no sabía que suponer. Era como si todos llevaran puesta una máscara que escondían al monstruo que eran en realidad. Los padres de Miriam habían decidido hacer el funeral de su hija en la iglesia para que todos los hermanos se pudieran despedir de ella. Además, uno de los pastores daría unas palabras de consuelo.

—Sécate las lágrimas antes de bajar del coche, Madison —le pidió David cuando estacionó el vehículo—. ¿Qué van a pensar los hermanos si te ven llorando?

—Tal vez ellos pensarán que estoy triste porque alguien ha muerto —contestó, desabrochándose el cinturón de seguridad.

Su madre se retocó su pintalabios y luego giró la cabeza hacia el asiento trasero del coche.

—Tu fe se verá débil cariño —repuso Alison, dibujando una sonrisa en su rostro—. En pocos meses volveremos a ver a Miriam, debes sentirte afortunada de tener una esperanza que solo algunos se atreven a aceptar. Esta no es la vida que realmente es, vivimos para la real vida que será en un futuro paraíso terrenal —extendió un brazo y ahuecó una mano sobre la mejilla de David—. Además, recuerda que tu hermano está reuniendo todos los méritos para convertirse en ayudante del consejo y como su familia debemos apoyarlo.

Desde que su hermano se había comprometido con Susan Rotten su misión de vida solo giraba alrededor de sus metas espirituales. En tener un puesto prominente dentro de la iglesia, como si eso pudiera

acercarlo aún más a Dios. ¿A dónde se había ido el muchacho que soñaba en convertirse en abogado?

—¿Si fingiera sentir algo que en realidad no siento no me estaría convirtiendo en una hipócrita? —preguntó—. Porque la hipocresía también es condenada por dios y no querría perderme de la eternidad por hacerlo enojar —refutó.

—Últimamente no sé si estás hablando en serio o te estás mofando de mí —se quejó su madre—. La locura que ha cometido el hermano Evans le ha abierto a David una puerta para que escale más rápido. No lo arruines esta oportunidad a tu hermano con tus berrinches.

Se hermano David se miró en el espejo retrovisor para acomodarse el nudo de su corbata y murmuró:

—Si quieres fortalecer tu fe hermanita, deberías aceptar la propuesta de Susan de unirte al voluntariado, además así podrás conocer un poco mejor a mi futura esposa.

Su futura esposa era la mujer más insípida que había conocido. Su vida solo giraba en torno a la verdad y consideraba pecado toda cosa que se saliera de ese molde. Escucharla hablar ya le parecía un fastidio. Susan Rotten, la amorosa hija de dios, era tan servicial como morbosa, fantaseaba con el día que el señor destruyera a todos los infieles dentro de unos meses.

—No quisiera ser una carga para Susan, sobre todo ahora que empezará con los preparativos para su boda —todavía no era tan idiota como para contradecirlo—. Susan ha sido tan amable conmigo —en realidad había sido una maldita arpía, creyéndose superior porque su padre era uno de los pastores.

Su madre había permitido que David fuese la cabeza de la familia, todas las decisiones que se tomaban en su casa pasaban antes por él. La influencia que estaba teniendo Susan sobre David empezaba a asustarle. Durante una de las cenas había lanzado el comentario de que ella debía dejar sus estudios como lo había hecho Cloe. Cloe había sido obligada por sus padres a hacerlo. Por suerte, su madre había

cambiado de tema y no le había dado mucha importancia a ese comentario.

—Así es mi Susan, una mujer servicial y compasiva —murmuró su hermano, completamente embelesado.

¿Compasiva? Estaba segura de que las personas a las que Susan le había dicho que serían destruidas en 1975 por rechazar la palabra de dios, no pensaban lo mismo.

—Así es David, Susan será una gran esposa —reafirmó Alison.

Madison puso los ojos en blanco y se bajó del coche. Ella se acomodó la falda del vestido negro antes de ingresar a la iglesia. En el altar había dos coronas de flores y entremedio de ambas, una fotografía de Miriam Spencer en la que salía sonriendo sosteniendo una biblia en la mano. Le dio el pésame a la familia Spencer. Le resultó incomodo que los padres de Miriam actuaran como si su hija se hubiera ido de viaje, pero ¿quién era ella para juzgar el duelo de otras personas?

Madison se ubicó en uno de los asientos que estaba cerca de las primeras filas.

—Lamento haberme comportado como una idiota los otros días —murmuró Abigail cuando se sentó a su lado.

Madison la miró de reojo.

—Aún sigo enfadada contigo.

—Lo sé.

—Tu padre me arrojará encima al consejo de pastores.

—Le convencí de que no lo hiciera.

—Hiciste que me congelara hasta las narices para buscar un perro que desapareció hace cinco años —le reclamó Madison.

—¿Qué perro?

—¿Golfo?

—Golfo desapareció hace cinco años.

—Sí, a eso ya lo sé.

—¿Cómo buscaría a mi perro que desapareció hace cinco años?

—¿Acaso el agua helada te ha congelado la memoria? —cuestionó sin creer lo que acababa de oír.

Alison las interrumpió y les pidió que guardaran silencio porque el pastor Jackson estaba a punto de decir unas palabras de consuelo por la pérdida de Miriam. Madison inclinó la cabeza hacia Abigail y susurró:

—No te parece surreal que Lily y su familia luzcan tan felices en el funeral de Miriam.

—Ellos creen que Miriam ya se ha ganado la resurrección —Abigail la miró por unos segundos a los ojos y agregó—: Recuerde que somos el pueblo del dios feliz, hermanita Jones, no lo olvide.

Abigail había logrado robarle una sonrisa. Antes de que el pastor Jackson empezara con la ceremonia, toda la atención de los presentes se centró en la llegada de una joven vestida toda de negro que lloraba con gran desconsuelo. Ella se dirigió hacia donde estaba Lily y su familia; y automáticamente la familia Spencer se levantaron de sus asientos dejando a la muchacha sola.

—¿Quién es la joven? —preguntó curiosa.

—La hija mayor de los Spencer —contestó Abigail.

—No sabía que Lily tuviera otra hermana.

—Ella está excomulgada.

¿Qué clase de padres le negarían el saludo a su hija en un momento como ese? Se notaba que la muchacha estaba destrozada. Que sentía la pérdida de su hermana como cualquier ser humano normal lo haría en su lugar, con dolor, rabia, impotencia. ¡Miriam había sido asesinada a sangre fría por su esposo!

—Que atrevimiento tan grande ha tenido esa joven de venir —

murmuró su madre, indignada.

—Ha venido a despedirse de su hermana.

—El verdadero duelo que tiene la familia Spencer es la pérdida de esa oveja descarriada. A Miriam la volverán a ver dentro de pocos meses, pero a esa hija dios la destruirá para siempre en su gran día de furia.

—¿Acaso tú también dejarías de hablarme si fuera excomulgada? —quiso saber.

Era la primera vez que Madison le planteaba a su madre esa situación.

—El amor a dios es lo que nos une, cariño —respondió Alison.

¿Eso que diantres significaba? ¿Qué ella sí la apartaría de su vida? ¿Su madre sería capaz de matarla en vida? Era como si el amor estuviese condicionado a seguir la línea y la doctrina de un grupo, y si se salía de ese esquema el amor se acababa. De pronto, sintió un dolor fuerte en el pecho.

«Querido hermanos, estamos aquí reunidos para despedirnos de nuestra hermana Miriam Evans. Una mujer sincera, una mujer de fe, una mujer que le fue fiel a Dios hasta su último minuto. Seguramente nuestro Señor la tenga en su memoria…»

17 MESES ANTES DEL FIN

MADISON encontró a su vecina Sarah cargando combustible a su Ford verde cuando salió de la tienda de la gasolinera. La última vez que la había visto había sido el día en que Miriam Evans había sido asesinada. Sarah la había llevado a su casa cuando la encontró en medio de la calle en un estado de shock y le había dado chocolate caliente para tranquilizarla, y luego de que se hubiera relajado, había salido a escondidas por la puerta trasera de su casa para evitar que una cara conocida la denunciara ante el consejo de pastores que había hablado con una infiel. Todavía no había tenido la oportunidad de agradecerle por lo que había hecho por ella aquel día.

Abigail salió de la tienda después de pagar su bolsa de patatas, levantó una mano y saludó a Sarah con total despreocupación como si ella no fuera una infiel. Su vecina se limitó a inclinar la cabeza discretamente como respuesta.

—No deberías saludarla —dijo Madison—. Sarah está excomulgada —el recordatorio había sido más para ella misma que para Abigail.

La persecución que sentía por parte de los hermanos desde que ella se había bautizado era asfixiante. Sus ojos estaban en todos lados, controlando cada uno de sus pasos, esperando su mínimo error para juzgarla. Hasta había empezado a desconfiar de su propia sombra por si hacía algo mal y la delatara. Era agotador tener que usar una máscara todo el tiempo para complacer a los demás. Sentía que si continuaba reprimiendo su personalidad su esencia desaparecería por completo. Estaba cansada que le dijeran como debía pensar, que debía hacer o como debía actuar.

—Que Sarah esté excomulgada no significa que deje de ser una persona y me da igual que estos fanáticos me vean saludándola —contestó Abigail, abriendo su bolsa de patatas—. Y me da igual si tú

decides delatarme.

—No voy a delatarte.

Porque ella sería una hipócrita si lo hiciera. De igual modo, en su cabeza tenía una guerra de lo que estaba bien o mal. Sarah había recibido las consecuencias de haber roto una de las reglas de dios ¿o era una regla de hombres?

—Sarah cometió un pecado al practicar canibalismo —agregó, para despejar la idea de que ella pudiese tener algún tipo de acercamiento con su vecina. Por más que hubiera entablado una amistad con Abigail no podía confiar en ella. De hecho, estaba segura de que nadie enseñaba su verdadera cara por miedo de que sus pecados fuesen expuestos.

—El pecado que cometió Sarah fue hacer todo lo que estaba a su alcance para salvar la vida de su hijo. ¿Realmente a eso se le puede llamar pecado?

—Y eso no le sirvió de nada —expuso—. Su hijo murió igual.

Bien, eso había sonado mal.

—Pero Sarah puede decir que hizo todo lo que estaba a su alcance para salvarlo —la defendió.

Madison se había mimetizado tanto en esa farsa de devoción por la verdad que no podía controlar su boca y dijo:

—Mi madre dice que ella perdió a su hijo por desobedecer a Dios.

Abigail ingresó al coche, se metió un puñado de patatas a la boca y luego arrojó la bolsa al asiento trasero.

—Si tu madre tuviese razón —murmuró con la boca llena—, ¿a qué clase de Dios estamos adorando si quita la vida de un joven solo por intentar salvar su vida? ¡Ese dios sería un monstruo! ¿Qué hubieras hecho tú en lugar de Sarah?

—No lo sé…

Y de verdad ella no lo sabía.

—¿Acaso hubieras dejado morir a tu hijo? —insistió Abigail.

—El hijo de Sarah murió de todas formas, aunque haya practicado canibalismo —respondió, abrochándose el cinturón de seguridad—. Y todos moriremos algún día ¿no?

—No tengas miedo de pensar por tu cuenta, Madison. Es asqueroso que estas personas te tachen de poco espiritual por no pensar igual que ellos, sino repites lo que ellos dicen eres una rebelde que arderas en el Armagedón. ¿Quieres saber una cosa? No eres una mala persona por tener tu propia opinión —musitó Abigail, mientras encendía el motor del coche—. Solo usa tu sentido común. ¿Qué clase de padre dejaría morir a su hijo? ¡Sólo un psicópata lo haría!

Por más que en los últimos meses había empezado a cuestionar algunas de las enseñanzas de la verdad, no podía ir en contra de Joseph Darkness. Existía una fe ciega hacia ese hombre, él era uno de los ungidos de dios y quien lo contradecía era tildado de apostata. Y era mejor no haber nacido nunca que ser un apostata. Durante tanto tiempo había llevado una máscara de lo afortunada que era por ser parte del pueblo feliz, que no podía quitársela un día para otro. Además, hacerlo tenía un precio demasiado caro. Madison prefería guardar su opinión para ella. Abigail era una persona muy voluble, sus pensamientos podían cambiar al día siguiente y ella quedaría expuesta si le contaba acerca de su guerra interna.

—Solo sé que no podemos ir en contra de la voluntad de Dios —respondió Madison, que empezaba a sonar como su madre.

—¿Voluntad de Dios? ¿O voluntad de hombres? De hombres que creen que Dios los ha escogido a ellos para iluminar al mundo. ¡A mis ojos no son más que lunáticos! —exclamó, golpeando el volante con el puño—. Y si el día de mañana ellos cambiaran de parecer y dijeran que la luz se ha hecho más brillante y que ahora tienen un nuevo entendimiento, que las donaciones de órganos están permitidas. ¿Qué dirían los familiares de las personas que murieron por no aceptar un trasplante porque ellos decían que no se podía? ¿Cómo te sentirías tú

si fueses uno de esos familiares?

—Me sentiría furiosa.

Abigail la miró por un segundo a los ojos y luego regresó la vista a la carretera.

—Eso solo pasa cuando sigues interpretaciones de hombres —añadió.

—No quiero seguir escuchando los desacuerdos que tienes con la verdad, Abigail —porque temía decir más de la cuenta—. Y no deberías hablar en contra de las decisiones que toma el ungido de dios. Sabes muy bien que si alguien te escuchara serías excomulgada por hacerlo.

—¡Que se joda Joseph Darkness! ¡Y también al demonio contigo si quieres delatarme!

—Te he dicho que no haré tal cosa.

—No me sorprendería si lo hicieras, noto que piensas igual que todos ellos —señaló. Abigail estacionó su vehículo a un costado de la carretera—. Bájate de mi coche.

—¿Cómo dices? —cuestionó Madison.

—He dicho que te bajes de mi coche —repitió, despacio—. Por un momento había creído que eras diferente a ellos.

El carácter explosivo de Abigail era una de las razones por la que no podía ser franca con ella. Tenía miedo de que en uno de sus furiosos impulsos abriera la boca más de la cuenta y la metiera en grave problemas. Madison se bajó del vehículo y antes de que cerrara la puerta, el coche se había alejado a toda velocidad.

16 MESES ANTES DEL FIN

SE HABÍA alejado del grupo con la excusa de que debía ir al baño. La campaña de voluntariado del mes de junio consistía en asistir a los hospitales y brindarles esperanza a los soldados recién llegados de la guerra de Vietnam. Cada vez sentía más vergüenza al tener que decir que si no se unían a la verdad, serían destruidos en el día de furia de dios. Madison se había visto presionada por la prometida de su hermano para que se uniera al voluntariado ese verano. Si el mundo que conocía estaba a un paso de acabarse, hubiese preferido desperdiciar sus últimos días dentro de una piscina en vez de recorrer un hospital. Se acercó al mostrador para preguntarle a la secretaria si había visto a donde se había dio su grupo. La secretaria le señaló el corredor derecho y ella se dirigió hacia el corredor izquierdo. Existían dos caminos: el estrecho y el ancho, el que conducía a la vida y el que llevaba a la destrucción. Definitivamente, acababa de escoger el último.

Madison se acercó a la máquina de golosinas y metió una moneda, luego sacó una chocolatina, la abrió y le dio un mordisco. Ganaría un poco de tiempo antes de unirse con su grupo. Dejó caer el cuerpo en una de las butacas que estaba en el corredor y dirigió la vista hacia la enfermera que acababa de salir de una habitación. Había dejado la puerta abierta y creyó reconocer al paciente que estaba en esa sala. Inclinó la cabeza hacia un costado y sonrió al confirmar su sospecha. Se levantó de su asiento y tiró el resto de su chocolatina al tacho de basura. Sarah, su vecina, estaba recostada en una de las camas. Madison se aseguró de que su grupo no estuviera cerca para ingresar a la habitación.

—Luces fatal —murmuró—. Parece que un coche te hubiera arrollado.

Sarah se volteó hacia ella.

—La falta de un riñón no ha ayudado mucho.

Madison se acercó otro paso.

—Sé que ha pasado tiempo, pero nunca tuve la oportunidad de agradecerte por lo que hiciste por mí el día que asesinaron a Miriam.

—No ha sido nada, lo hubiera hecho por cualquier persona.

Madison acortó la distancia que había entre ellas.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó.

—¿Tienes un riñón que ofrecerme? —se mofó Sarah.

—No debiste regalar el tuyo.

—¿Qué es lo que estás buscando niña inoportuna? No deberías estar hablando conmigo ¿recuerdas?

—Intento salvar tu alma.

Sarah hizo una mueca.

—Si esa es la razón por la que te encuentras aquí, estás perdiendo tu tiempo.

—Estamos tratando de brindarle una esperanza a los soldados que están regresando de la guerra de Vietnam —le contó—. Ellos deben saber que dentro de unos meses podrán brincar de alegría en el nuevo mundo, sobre todo los que han perdido su pierna.

Sarah puso los ojos en blanco.

—Espero que ellos no acepten ir a otro infierno

—¿Por qué siempre tienes que sonar tan cruel?

—¿Realmente crees en toda esa basura? —preguntó, ceñuda—. Y no debes fingir conmigo, Madison.

Ella arrastró una silla y la colocó a un costado de la cama, luego tomó asiento.

—Por lo visto, tendré un largo trabajo para que regreses al camino correcto.

—Ya te lo he dicho, niña, no pierdas tu tiempo conmigo —dijo —. Mis rodillas no volverán a inclinarse delante de un altar repleto de mentiras.

—¿Mentiras? —repitió—. ¿Sabes a lo que me enfrento al estar hablando contigo? A que Dios me quite su protección por estar haciendo algo incorrecto a sabiendas.

De pronto, Sarah se rompió a reír.

—¿Acaso he dicho algo divertido?

—Había…había… —sus carcajadas la interrumpieron, después de un momento, Sarah continuó—: Había olvidado el terror que significaba que dios te quitara su protección —contentó, secándose las lágrimas con los bordes de la sábana.

Probablemente no sonara muy coherente que dios te quitara la protección si lo hacías enojar, pero era real, muy real. ¿Verdad que sí? ¿Entonces por qué se sentía como una idiota?

—Deberías sentirte avergonzada por lo que acabas de decir, infiel —dijo molesta.

Se suponía que era Sarah la que debía sentirse como una tonta por no regresar con los suyos. Su vecina se encontraba sola sin la ayuda de nadie. Había escuchado que toda la familia de Sarah eran miembros de la verdad, uno de los linajes más antiguos, de tercera generación. La excomulgación de Sarah había significado la vergüenza para ellos.

—Solo te diré que es peligroso otorgarle tu poder a personas que afirman hablar en el nombre de Dios —expresó Sarah—. Y si no me crees, investiga si la muerte de Miriam Evans pudo ser evitable.

Madison arrugó el entrecejo.

—¿Qué tiene que ver Miriam Evans con todo esto?

—Busca los archivos de su juicio, probablemente ella haya tenido uno —respondió—. De hecho, estoy segura de que Miriam debió tener un juicio. Siempre hay consecuencias si una mujer decide

dejar la casa de su esposo.

—Los pastores no podían ser adivinos de que una tragedia como esa podía suceder.

—Busca los archivos…

—Sabes que tener esos archivos no es tan sencillo. En realidad, un pastor no me lo entregaría nunca.

—Si quieres encontrar respuestas, hallaras la forma de que esos archivos lleguen a tu mano.

14 MESES ANTES DEL FIN

HABÍA mentido. Sí, Madison había mentido. Había dicho que se había enfermado ese cuatro de julio para no verse obligada a hacer el voluntariado. Mientras todos los demás disfrutaban de esa fecha, ellos debían hacer de cuenta de que era un día corriente como cualquier otro. Prefería pasar el día entero en su cama fingiendo una enfermedad a fingir demencia de que no veía como las personas se divertían. Se cubrió hasta la cabeza con las mantas, a pesar del calor que hacía, cuando la puerta de su alcoba se abrió.

—No debes fingir conmigo —murmuraron—. Sé que no estás enferma.

Madison se descubrió el rostro de un tirón.

—No estoy fingiendo…

Abigail enarcó una ceja con suspicacia.

—¿Qué estás haciendo en mi casa Abigail? —preguntó en un tono molesto—. Pensé que continuabas enfadada conmigo.

Entre las dos no había habido dialogo desde que Abigail le había pedido que se bajara de su coche meses atrás.

—He venido a hacer las paces —se acercó a la ventana y la abrió —. Te he traído algo en ofrenda de paz.

—¿Qué te hace pensar que aceptaré tu ofrenda de paz?

Abigail arrojó una carpeta de papel sobre la cama.

—Puedo regresarla de donde la saqué sino la quieres —repuso, encogiéndose de hombros.

Madison la tomó entre sus manos y la abrió para ojearla.

—¿Qué es esto? —quiso saber.

—El archivo del juicio que le hicieron a Miriam.

Alzó la vista de golpe y miró a Abigail por encima de la carpeta.

—¿Cómo es que supiste que quería leerlo?

—Te estaba escuchando cuando sugeriste que querías leerlo.

—Pensé que no me oías.

—Siempre escucho todo, Madi.

—¿Cómo lo conseguiste? —preguntó intrigada.

—Me tocó el privilegio de la limpieza y tuve que quitar el polvillo del archivero —contestó—. Archivero que se abrió accidentalmente.

—¿Accidentalmente? —repitió, divertida—. ¿Quieres leerlo?

—No —respondió Abigail—. ¿De qué sirve leerlo ahora? Miriam no regresará.

Ella solo buscaba respuesta. Quería saber porque Sarah le había dicho que la muerte de Miriam había podido ser evitable. Y encontraría todo lo que necesitaba saber en el archivo del juicio.

—¿Vendrás al desfile del 4 de julio? Habrá fuegos artificiales al final de la noche.

¿Desfile? ¿Fuego artificiales? Madison apoyó la espalda contra el respaldo de la cama y dobló las rodillas, llevándolas contra su pecho.

—Sabes muy bien que no podemos asistir a eventos como esos —contestó Madison—. *Las fiestas paganas son obras del diablo* —murmuró, remedando a los pastores.

—¿Acaso temes que el diablo venga por ti esta noche? —se mofó Abigail.

—No, le temo más al idiota de mi hermano —confesó—. Él ya no es el mismo de antes.

—¿Y qué es lo que esperabas? Su prometida es Susan Rotten —dijo—. Esa mujer puede podrir la mente de cualquier persona.

—Para Susan nosotras somos las malas compañías, las manzanas

podridas —explayó Madison—. Juro que desearía ahorcarla cada vez que me dice que me falta más fe cuando no puede responder a mis preguntas.

—¿Sabías que el padre de Susan tiene un amorío con la madre de Lily?

Madison abrió grande los ojos.

—¿El pastor Jackson? ¿Cómo sabes eso?

—Escucho todo —refutó—. Ya te lo dije.

Abigail se sentó en el alfeizar de la ventana. Sacó un cigarro de la etiqueta que tenía escondida dentro de su brasier y lo encendió, luego la miró y dijo:

—¿Me delatarás con el consejo?

Madison dejó el archivo de Miriam sobre el colchón a un lado de ella y se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Acusarte con el consejo de pastores? ¿Para qué exilien a la única persona con la que puedo hablar libremente?

Abigail le dio una calada a su cigarro y sonrió.

—Una parte de mí siempre supo que no eras igual a todos los demás.

Madison apoyó la barbilla sobre sus rodillas dobladas.

—¿Crees que el mundo acabará en unos meses? —preguntó—. ¿Crees que Dios nos aniquilará por desobedientes?

Abigail exhaló una bocanada de humo y esperó a que el humo se esfumara para responder:

—¿En serio aún piensas que Dios vendrá en 1975? ¿Quieres saber qué es lo que creo? —Madison asintió con la cabeza y ella continuó—: Creo que el mundo no va a acabarse, Madi. El mundo seguirá siendo mundo como lo ha sido siempre. Joseph Darkness y su sequito ofrecen el paraíso a través del miedo.

—Pero los seis mil años del hombre… —interrumpió.

—Todas estas personas han perdido la cabeza, Madi —dijo—. Ya han anunciado el fin antes y si no me crees lo que digo, habla con Sarah. Ella te puede enseñar pruebas.

Madison abrió grande los ojos. ¿Cómo sabía Abigail que tenía trato con Sarah? Desde hacía un tiempo, ella iba a visitar a su vecina al hospital los días que recibía sus tratamientos. Su instinto de supervivencia tuvo que decir:

—¿Por qué dices que debo hablar con Sarah? No tengo ningún trato con ella —se atajó—. Sarah es una infiel ¿recuerdas?

Abigail le lanzó una mirada astuta a través de sus párpados entornados.

—Tu secreto está guardado conmigo.

—¿Tú has leído publicaciones prohibidas? —comentó para cambiar de tema.

—¿Acaso no te parece extraño que ellos no quieran que leas nada afuera de sus publicaciones?

De hecho, sí. Muchas veces había intentado buscar información externa, pero el miedo de que Dios le quitara su protección por desobedecerlo le limitaba a no hacerlo.

—Pero esa es la forma que tiene dios para cuidarnos a que no nos apartemos de la verdad. Los infieles dicen muchas mentiras y podrían atraparnos en su telaraña.

—¿O será porque ellos tienen miedo de que descubramos la verdad de la verdad? —replicó—. La verdad de que todo esto es un engaño.

¿Engaño? Abigail había conseguido dejarla muda. Nunca se había planteado que todo fuese un engaño. ¿Y si lo era? El corazón empezó a palpitarle con fuerza.

—Deberíamos huir juntas —le propuso Abigail.

Era cierto que en el último tiempo sus dudas se habían ido incrementando, pero todavía no había llegado al extremo de querer dejarlo todo. No podía arrojar todas sus creencias a la basura un día para otro. Su fe era débil, pero sin embargo seguía creyendo en ese dios.

—¿Huir juntas? ¿Acaso has perdido la cabeza? —replicó Madison, molesta—. Tienes la libertad de marcharte cuando quieras si tanto te desagrada estar en la verdad.

—Lo dices como si fuera así de sencillo dejarlo —murmuró, chasqueando los dedos—. Sabes muy bien cuáles son las consecuencias si decido hacerlo. ¿Acaso no te cansas de que te vigilen todo el tiempo? De las calumnias de las hermanas chismosas que no tienen nada que hacer; que controlen cada uno de tus pasos: como debes vestirte, con quien debes relacionarte, que debes estudiar, donde debes trabajar ¡ninguna decisión es tuya! Para ellos todo es malo, malo, malo.

—Las personas son imperfectas, todos cometemos errores.

—¿Sabes que es lo peor? Que los que llevan la delantera son los más hipócritas de todos. ¡Son una mafia que no les importará destruirte si te metes en su camino! Para ellos no somos más que peones que les importamos una mierda. A veces siento que me asfixio —murmuró llevándose una mano a la garganta, luego siguió diciendo —: Espero que tu ingenuidad no te dure para siempre, porque solo te acarreará más problemas. Pensé que eras una muchacha más despabilada.

Madison se levantó de la cama y se cruzó de brazos.

—Creo que ya deberías irte —dijo—. No entiendo a qué has venido si sientes que no estoy a tu altura.

Abigail apagó el cigarro y lo arrojó por la ventana.

—Porque este es el único sitio en donde no tengo ojos vigilándome —le confesó—. Por si aún no te has enterado, mi querida Madison, eres la hermana ejemplar del momento. La muchacha sumisa

que no se atrevería nunca a contradecir una orden.

Su conducta dictaba mucho de sus pensamientos. Su sumisión solo se debía a un pedido que le había hecho su hermano David. Él quería llegar a formar parte del consejo de pastores y una hermana rebelde arruinaría sus planes. Y esa era la razón por la que había decidido que sus pensamientos se quedaran en su cabeza. No más preguntas, no más quejas, y por lo que parecía su actuación estaba dando resultados.

—Pero ten cuidado Madi, porque el puesto de hermana ejemplar genera mucha envidia y estarás en constante observación. Un paso en falso y será tu ruina.

De pronto, se oyó que un coche se estacionaba en la entrada de su casa e hizo sonar la bocina varias veces. Abigail esbozó una amplia sonrisa.

—Finalmente han venido por mí —murmuró, recogiendo su bolso de la silla.

Ella parpadeó.

—¿Quién ha venido por ti?

Abigail se detuvo en el marco de la puerta y agregó:

—Te invitaría a que vinieras conmigo, pero aún no estás preparada para dar el siguiente salto.

—La persona que ha venido a buscarte no es un hermano ¿verdad?

—No.

—¿Sabes que podría delatarte por relacionarte con infieles?

—La verdad es que me daría igual si lo hicieras —expresó—. A fin de cuentas, todos ya me han tachado como la manzana podrida.

Abigail salió de la habitación y segundo después la vio correr hacia el vehículo que la estaba esperando en la entrada por la ventana.

13 MESES ANTES DEL FIN

MADISON ingresó a la habitación del hospital en donde se encontraba Sarah y arrojó el archivo del juicio de Miriam sobre su cama. Lo había tenido en su poder por algunas semanas y la culpa no le había permitido leerlo hasta ese día que se había atrevido. Y lo que había hallado en él era aterrador.

—¿Sabías que el esposo de Miriam era violento con ella? —preguntó, apenas ingresó a la habitación—. Miriam lo había acusado con los pastores y quería el divorcio.

Sarah acomodó el gotero que tenía inyectado en su brazo y luego la miró en un gesto maternal.

—Finalmente te has atrevido a leer el archivo.

—¿Lo sabías? —insistió—. ¿Sabías que el esposo de Miriam la golpeaba?

—Eso era un secreto a voces —contestó Sarah—. Una vez intenté hablar con Miriam, pero ella como la buena fanática que era me ignoró por ser una infiel.

Madison dejó caer el cuerpo sobre el sofá que estaba cerca de la ventana.

—Si todos conocían el carácter violento de Aaron Evans, ¿por qué trataron de loca a Mirian y la obligaron a que volviera con él?

—Las apariencias, cariño, como atraerán a más devotos si no demuestran que son diferente al resto de los mortales.

Madison se miró las manos fijamente.

—Su muerte pudo ser evitable si la hubieran apoyado —susurró, sintiéndose avergonzada por haber dudado de Sarah y haber defendido a los pastores.

—Oh, Madi, no intento que te sientas mal con todo esto, solo trato de que abras tus ojos y te des cuenta en que sitio te encuentras —dijo Sarah—. Me hubiese gustado que alguien me hubiese ayudado a despertar y no haber perdido tanto tiempo en este culto. Sobre todo, no hubiese expuesto a mi hijo con esos seres desalmados. Mi hijo fue quien me despertó cuando su vida estuvo en peligro.

—¿Culto? —repitió arrastrando la voz—. ¿En serio crees que estoy en un culto?

—¿Y no lo estás Madi? Sé que es difícil de aceptarlo, sobre todo si has estado atrapado en esta matriz psicológica desde tu nacimiento.

¡Que idiotez más grande! Ella no formaba parte de ningún culto. Sus padres nunca la hubieran sometido a algo como eso. Las sectas estaban formadas por personas con ideas radicales e ilógicas. De pronto, el ardor en la boca del estómago que últimamente se estaba volviendo cotidiano, se hizo más intenso.

—Creo que son personas imperfectas que cometen errores como todos —corrigió la perspectiva de Sarah—. Será mejor que cambiemos de tema, porque no llegaremos a ningún acuerdo. ¿Por qué no me cuentas más cosas acerca de tu hijo?

—Lo haré solo con la condición de que no me dirás que él resucitará dentro de unos meses.

Madison se rio.

—Prometo no hacer tal cosa.

—Matthew era un joven lleno de vida, que batalló hasta su último día. Él amaba el arte, sus profesores decían que tenía talento, hasta decían que veían sus pinturas expuestas en las mejores galerías de arte de Nueva York —recordaba con los ojos emocionados—. Lo peor es que tuve a un paso de interferir en sus sueños debido a que los pastores me pidieron que obligara a Matthew a que siguiera otro camino, porque no se merecía tener un reconocimiento que a solo dios le pertenecía por derecho. ¡Malditos enfermos! —gruñó—. Oponerme a las órdenes de ellos me llevó a recibir el rechazo de toda la

congregación.

—Pensé que el rechazo había sido por practicar canibalismo.

Sarah soltó una carcajada y tuvo que llevarse una mano a la cintura al sentir una punzada de dolor.

—El rechazo comenzó cuando me atreví a desafiar a los líderes por poner a mi hijo en primer lugar en vez de a todos ellos —aclaró—. Nunca le entregues a esas personas tu poder de decidir, Madi. Tu puedes ser la persona que quieras ser. Ve a la universidad…

—Como si fuese así de sencillo —la interrumpió.

—Lo es, Madi.

—El dinero para la universidad se lo llevó David y lo peor es que lo tiró a la basura.

—Pide una beca.

Madison arrugó el entrecejo.

—¿Por qué me dices todas estas cosas?

—Porque ninguna persona de ahí adentro te la dirá. No creas en sus engaños, 1975 no es más que otras de sus falacias. ¿Sabías que ellos habían construido una mansión para que vivieran los antiguos patriarcas de la antigüedad cuando resucitaran en los años veinte? Según ellos Abraham, Moisés, Jacob vivirían como reyes en este lado del continente.

—Pero eso no sucedió.

—Claro que no niña, quien vivió como rey fue el anterior líder.

—¿Cómo sé que lo que me estás diciendo es verdad?

—No debes creerme, debes investigar.

—Cada vez que vengo a verte salgo más confundida.

—Entonces no vengas —replicó Sarah—. Nunca te he pedido que lo hicieras.

Madison soltó un resoplido.

—Debería dejar de hacerlo. Y probablemente lo haga, infiel.

—¿Cuáles son tus sueños Madi? ¿Cuáles son tus planes? ¿Qué es lo que quieres?

¿Sueños? ¿Planes? Ella se reacomodó en el asiento. ¿Qué clase de preguntas eran esa? Sarah sabía que al mundo le quedaba unos pocos meses y era inútil tener que pensar en el futuro. Le molestaba que su vecina le sacara esos temas.

—Si decidiera seguir una carrera, estudiaría tanatpractor —contestó, molesta.

—¿Ah, sí?

—Solo lo haría para que tu rostro pueda lucir un poco mejor, aunque sea después de muerta.

—Seguramente harías un excelente trabajo —respondió Sarah, en un tono divertido.

—Podría donarte mi riñón —salió de la nada de su boca.

—¿Intentas salvarme la vida con tu riñón, niña?

¡Qué mujer más exasperante!

—No te ilusiones tanto infiel, porque lo haría por cualquier persona.

—Oh, sí, claro, porque ofreces tu riñón como un dulce a cualquiera que se te cruce por tu camino.

Madison revoleó los ojos.

—Así solo consigues que se me quiten las ganas.

—Igual aún eres menor de edad —expresó su vecina—. De todos modos, te lo agradezco, ha sido un precioso gesto.

—¿Crees que mi madre no me autorizaría?

—Creo que tu madre vendría a quitarme todos los órganos sanos que me quedan con solo enterarse de lo que quieres hacer. De ningún modo permitiría que su hija se convierta en caníbal.

Madison se tiró al suelo cuando escuchó la voz de Lily Spencer en el corredor.

—¿Puedo saber qué es lo que estás haciendo? —preguntó Sarah.

—No pueden verme —respondió, mientras se arrastraba debajo de la cama.

—¿Quién no puede verte?

La puerta de la habitación se abrió y el tono agudo de Lily inundo la sala. Ella estaba acompañada por su cuñada Susan, podía ver sus horribles zapatos por debajo de la cama. Sarah las saludó y ellas se quedaron mudas al notar que le habían dirigido la palabra a una infiel.

—No sabíamos que tú te encontrabas en esta habitación —comentó Lily Spencer.

—Bueno, ahora ya lo saben —mencionó Sarah, que elegantemente las estaba despidiendo.

—¿Sabes? Tu vida podría mejorar si regresas a la verdad —agregó la respingada de Susan.

—¿Sabes? Prefiero pasar mis últimos días viviendo en la preciosa realidad que, en una maldita mentira, cariño.

Pudo imaginarse los rostros constipados de Lily y Susan al oír una blasfemia. Ella se tapó la boca para ocultar una carcajada y Sarah cubrió su desliz con un repentino ataque de tos para que sus hermanas espirituales no se dieran cuenta de que había alguien más en la habitación.

—Está escrito que no se puede arrojar perlas a los cerdos —señaló Lily.

—¿Y ustedes serían los cerdos en esa fabula? —replicó Sarah.

Y esa vez Madison tuvo que cubrirse la boca con las dos manos para que la carcajada no saliera de su garganta con gran estruendo.

—Ahora comprendo porque tenemos prohibido relacionarnos

con personas de tu tipo —lanzó Susan su veneno característico.

Madison esperó a que ellas abandonaran la habitación para salir de debajo de la cama.

—¡Qué barbaridades les ha dicho infiel! —exclamó para mostrarse indignada.

—Barbaridades que tú has disfrutado y que por poco no consigues que te descubran con tus risas.

—Tal vez esta sea una señal de dios para que no tenga más trato contigo.

Sarah ladeó la cabeza hacia un costado y entornó los párpados.

—Ni tú te crees esas estupideces —dijo—. Hazme un favor y saca el libro que tengo en mi bolso.

Madison tomó el libro y leyó la portada en voz alta:

—La reforma del pensamiento y la psicología del totalismo de Robert Lifton.

—Podrás regresar a verme otra vez cuando lo acabes de leer.

—Me parece que te estás dando demasiada importancia infiel —masculló—. Además, tenemos prohibido leer este tipo de literatura.

—También tienen prohibido hablarles a los infieles, robar un archivo de un juicio ¿acaso tienes alguna noción de lo que podrían hacerte si ellos te descubrieran?

Madison guardó el libro en su bolso y dijo:

—Si he roto esas reglas ha sido por tu culpa, desde que te he conocido mi cabeza se ha llenado de dudas y más dudas.

—Dudas que ya tenías, yo solo te he ayudado a exponerlas.

—Si leo este libro es porque me ha llamado la atención y no es porque quiera volver a verte.

—Por supuesto…

—Porque me caes muy mal.

—Lo sé.

—Solo quería dejarlo en claro.

—Lo has dejado en claro.

Madison puso los ojos en blanco y salió de la habitación echando peste por lo bajo.

12 MESES ANTES DEL FIN

SABÍA que ese día iba a llegar en cualquier momento. Una cena familiar con los Rotten. El pastor Jackson había invitado a su familia a su casa para que detallaran los preparativos de la boda de Susan y David. Madison apoyó las palmas de las manos contra la encimera del baño frente al espejo. Se mojó la cara con agua fresca y respiró hondo. Detestaba a Susan. Detestaba a los Rotten. Detestaba como la esposa del pastor remarcaba lo afortunados que eran ellos por vincularse con su familia. ¡Cómo si los Rotten pertenecieran a una casta especial!

Durante toda la velada el pastor Jackson no había hecho otra cosa que alabar todas las buenas cualidades de su hija, recalcando que era un buen ejemplo de imitar, y por supuesto cuando decía eso su vista iba dirigida hacia ella. También él mencionó que las personas con fe no iban a la universidad ¿cómo iban a arriesgar su espiritualidad asistiendo a un lugar lleno de mundanos cuando el fin estaba tan cerca? Madison no había podido mantener su boca cerrada y le había pedido que le enseñara en que parte de la biblia se condenaba la educación. No solo se había ganado el desprecio de los Rotten sino también la de su familia.

Madison se secó el rostro con una toalla cuando golpearon la puerta del tocador. Se tomó unos segundos antes de abrir. Y como había imaginado, tenía a su madre parada delante de la puerta como un soldado. Sentía que su vida no le pertenecía; sentía que era una marioneta de 1975, de la ambición de su hermano para formar parte del consejo, del fanatismo de su madre por ser la mejor cristiana. ¡Su familia había perdido el rumbo!

—¿Ya te sientes mejor? —preguntó Alison.

—Sí.

—¿Cómo se te ha ocurrido contradecir al pastor Jackson en la mesa? —le cuestionó—. Les he dicho que te encontrabas algo

afiebrada antes de venir para excusar tu comportamiento. No sé qué es lo que te ocurre Madison, pero sea lo que sea debe acabarse ahora mismo.

—¿Entonces me estás pidiendo que reprima mis pensamientos?

—No, solo te pido que no digas nada hasta que nos vayamos. ¿Sabes los afortunados que somos de que los Rotten nos hayan abierto la puerta de su casa?

Y su madre volvía a poner a los Rotten en un pedestal. Se preguntaba si Dios les iba a dar a ellos un lugar especial en el paraíso.

—Oh, sí, porque ellos tienen las llaves del cielo.

—Deberías pasar más tiempo al lado de Susan —expresó—. Tal vez así logres ordenar tus ideas un poco más.

—Se supone que eres mi madre y deberías estar de mi lado.

—Entonces ya deja de decepcionarme.

Sus palabras sonaron tan hirientes que le desgarraron el corazón. Ellas regresaron al salón donde las estaban esperando en la mesa.

Susan le pidió que la acompañara a la cocina para que le ayudara a servir el café. Madison no había imaginado que su cuñada había buscado esa excusa para darle un ultimátum. Ella se había quedado de piedra cuando Susan le confesó que la había visto en el hospital junto a Sarah.

—No te atrevas a decirme que no eras tú Madison —la increpó Susan—. Vi tu bolso en la habitación.

Ella no lo iba a negar. Estaba cansada de guardar secretos y tener que ocultarse. Buen Dios, hasta prefería pasar su tiempo con una infiel que con esa inmaculada familia que le provocaba escozor en todo el cuerpo. Y si no se hubiera hallado precisamente en la boca del lobo, hubiera mandado al demonio a Susan por meterse en sus asuntos.

Tuvo que tragarse su orgullo y fingir que ella era todo paz y amor, aunque por dentro se imaginaba arrojándole el café caliente en la cara.

—¿Qué hay de malo en querer ayudar a una vecina?

—No omitas el detalle de que tu vecina es una infiel —agregó con brusquedad.

Una infiel que parecía tener más humanidad que todos ellos juntos.

—Solo veo a una persona que necesita ayuda, ¿acaso no recuerdas el relato del buen samaritano?

—No trates de usar la biblia a tu conveniencia.

—¿Cómo estás tan segura de que soy yo quien la manipula?

Susan dejó la azucarera sobre la bandeja, luego la miró fijamente a los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Que suena absurdo que un grupo reducido de personas serán los únicos que sobrevivirán en 1975! —chilló.

Su máscara había caído y con la persona equivocada. De pronto, Madison se dio cuenta de su gran error. Había expuesto su descontento con la verdad. Le había entregado a Susan un gran poder. Ella tenía el poder de delatarla y hacer que la excomulgaran. La prometida de su hermano le lanzó una mirada llena de odio.

—Eres el digno ejemplo de la misericordia de Dios —dijo—. En vez de estar agradecida de que él te haya escogido entre tantas personas para que recibas su salvación, tu solo lo difamas —la señaló con un dedo y continuó—: Mereces que te caiga todo el peso de su furia. Tal vez sea eso lo que recibas dentro de unos meses.

Si Madison ya se había enterrado en el lodo, daba igual que se le cayera un alud encima.

—Prefiero mil veces que él me destruya antes que tener que vivir

en un mundo con personas como tú —replicó.

Retrocedió un paso cuando creyó que las tazas impactarían contra ella.

—Ahora mismo podría hablar con mi padre y hacer que desaparezcas de nuestras vidas para siempre.

Sabía que ella tenía ese poder. Sabía que en un chasquido de dedos podía perder a su familia.

—Pero si no lo hago, no es por ti, sino por mí —añadió—. Si te excomulgan tu hermano no recibiría un lugar en el consejo de pastores. No arruinaré nuestro futuro por tu culpa. Eres una mancha para nuestra familia. Si no dejas de juntarte con la infiel, juro que hallaré la forma para golpearte en donde más te duela. David es un gran hombre y no se merece lo que le haces.

Susan acababa de darle un golpe bajo al incluir a su hermano David. Se esforzó por sonreír para no demostrarle que ella había ganado esa batalla.

—Tal vez el consejo de pastores deje de existir en el otoño de 1975 —se mofó, aunque por dentro se estaba rompiendo.

11 MESES ANTES DEL FIN

DESPUÉS de la advertencia que le había dado Susan Rotten a Madison, ella se había hecho más precavida cuando visitaba a su vecina. Que Sarah no tuviese que internarse tan seguido había ayudado a que disminuyera el riesgo de ser descubierta. Madison se aseguró de que nadie la hubiese visto cuando ingresó a la casa de su vecina por la puerta trasera. Sarah la estaba esperando con una taza de té y unas galletas recién horneadas.

—Pensé que ya no vendrías —murmuró Sarah cuando la vio llegar.

Madison sacó de su bolso el libro de Robert Lifton que su vecina le había pedido que leyera y lo arrojó sobre la mesa.

—¿Qué demonios se supone que debo hacer ahora con esta información?

Sarah alzó una ceja.

—¿Vivir?

—La verdad es una secta.

—No voy a decir te lo dije.

Madison dejó caer el cuerpo sobre una silla.

—Pude detectar que de las ocho tácticas de manipulación que se mencionan en el libro, la verdad abarca a todas. ¡He crecido dentro de un culto peligroso y destructivo! —exclamó—. ¿Cómo no pude darme cuenta antes? Era tan evidente: El control del ambiente con quien debemos relacionarnos; el lenguaje exclusivo; la demanda de pureza que pide el grupo; la práctica enfermiza de confesión ante los miembros del grupo —continuó enumerando con los dedos—: La manipulación mística; sus doctrinas absolutas y que solo ellos tienen las respuestas a todas las preguntas para la salvación. Buen Dios,

¿cómo se lo diré a mi madre? ¡Mi hermano ha abandonado la universidad por este engaño!

—Espera un momento, Madi, no todos están preparados para escuchar la verdad de la verdad —repuso Sarah—. Debes tener paciencia y calma, cariño. ¿Cómo te sientes tú con todo esto?

—¿Qué cómo me siento? Siento que mi vida ha perdido el rumbo. Siento que si tuviera adelante a Joseph Darkness le escupiría en la cara por haber destruido a mi familia. Odio a estas personas, odio el control que ejercen sobre mí. Es un veneno que mata lentamente. Me siento una embustera cuando hago el voluntariado porque no creo ni una mierda de lo que digo. Desearía poder quitarme el cerebro y lavarlo de toda la basura que metieron en él.

—¿Entonces qué es lo que esperas para irte? Debes entender que ellos no son tus dueños. Y te aseguro que con el tiempo te empezarás a desprogramar de toda esa basura.

—No puedo irme, mi madre…

—Entre ellos y tú ¿a quién crees que escogería tu madre?

—No responderé esa pregunta.

—No lo haces porque sabes que la respuesta es cruel. Tienes una vida Madison, no la desperdicies con las personas incorrecta o pagarás un precio muy alto. Si decides continuar en esa secta harás un sacrificio sin recompensa.

—¿Si esto no es la verdad entonces que es la verdad? —cuestionó Madison mirando la nada misma.

Sarah sirvió té en una taza y se la entregó.

—La verdad es que nos han regalado esta vida para vivirla, para amar, para ser feliz ahora, aquí, no en un futuro —contestó su vecina—. No la desperdicies regalándosela a un líder para que llene sus arcas de dinero. Esas personas han hecho tanto daño que deberían estar en prisión. Probablemente no me alcance la vida para ver la caída de esta secta, pero si existe la justicia divina ellos deben pagar por jugar con

la esperanza de las personas.

—¿No extrañas a tu familia? ¿Alguna vez no te has arrepentido de haberte salido? —preguntó Madison, mientras bebía un sorbo de té —. El precio que se paga para salirse es muy alto.

Sarah se reclinó en la silla y entrelazó los dedos de las manos sobre su abdomen.

—La libertad tiene su costo, cariño. Y no podría regresar nunca a esa prisión mental —contestó—. Ahora soy libre de pensar por mí misma. Libre de hacer cosas sin que una organización me esté juzgando o diciendo lo que debo o no hacer, o lo que se supone que debo estar haciendo.

—Seguramente debes odiarlos —dijo—. En estos momentos es lo que siento por todos ellos. ¡Me dan asco!

—No los odio y tú tampoco deberías hacerlo —rebatió—. Solo les deseo que sigan en ese culto hasta los últimos días de sus vidas y que antes de morir, descubran que han vivido en una maldita mentira y que se irán al jodido infierno.

Su vecina logró robarle una sonrisa.

—¿Cómo haré para quitarme toda la basura que me han metido en la cabeza?

—Metiendo información nueva y sana —contestó Sarah—. La vida no es todo blanco o negro, o estás conmigo o contra mío. Debes aprender a tener relaciones saludables, y que el mundo no es tan oscuro como ellos lo pintan.

—No sé si podré fingir que todavía creo en toda esta basura.

Sarah extendió un brazo por encima de la mesa y le sujetó una mano.

—Debes hacerlo, cariño, por lo menos hasta que decidas que es lo que quieres para tu futuro —le aconsejó—. Pero si decides irte ahora, siempre habrá un lugar en mi casa para ti.

—¿Decidir? Eso es algo nuevo para mí —se mofó—. Me he dado

cuenta que mis decisiones siempre estuvieron condicionadas a las reglas de un líder. ¡Ni siquiera sé que es lo que realmente me gusta! ¡He perdido tantas cosas!

—No pienses en las cosas que has perdido, sino en las cosas que ganarás de ahora en adelante —murmuró Sarah en un tono maternal —. Es normal que sientas rabia al principio, es el proceso que tiene un duelo.

—¡Me siento furiosa! Si me largo, este culto me quitará a mi familia. ¿Cómo se puede ser tan cruel? —cuestionó con la voz quebrada.

Sarah se levantó de su asiento, rodeó la mesa y la abrazó.

—Y encontrarás más injusticias en esta vida, pero la pregunta es ¿cómo las enfrentaras? —expuso—. Todo forma parte de un proceso de aprendizaje.

Madison miró a su vecina a los ojos.

—Admiró tu fortaleza —dijo—. Los has perdido todo y aún continúas de pie.

—Le prometí a mi hijo Matthew que lucharía hasta mi último minuto de vida para ser feliz. No ha sido fácil, pero lo intento cada vez que me levanto de la cama.

El ruido de una motosierra las interrumpió. Madison miró hacia el jardín a través de la ventana. Observó a un muchacho que estaba de espalda, cortando unos troncos.

—Él es Mark, fue un buen amigo de Matthew —comentó Sarah —. Mark suele darse unas vueltas para ayudarme con algunas tareas de la casa cuando regresa de la universidad —tomó algunas de las galletas recién horneadas y las puso en un plato, luego agregó—: ¿Puedes llevarle algunas?

Madison asintió con la cabeza.

Mark, el buen amigo del hijo de Sarah, era el muchacho que había sacado a Abigail del lago congelado. Parecía que a él le gustaba ser un buen samaritano. Mark apagó la motosierra cuando la vio acercarse.

—Sarah me ha pedido que te trajera algunas galletas y un refresco.

Él se quitó las gafas que protegían sus ojos y entornó los párpados, mientras la estudiaba con la mirada.

—Te conozco ¿verdad? —preguntó, mientras abría el refresco y bebía un sorbo.

—Sí, nos hemos visto antes, fuiste la persona que socorrió a mi amiga cuando cayó al lago congelado hace unos meses atrás —murmuró—. Soy Madison…

—¡Oh, sí! Tú eres amiga de Abigail ¿ella cómo se encuentra?

—Creo que ella ha aprendido su lección de no saltar sobre un lago congelado —se mofó—. Nunca tuve la oportunidad de agradecerte por lo que hiciste aquel día por nosotras.

Mark se secó la transpiración de la frente con la manga de su camisa de leñador.

—Aquel día su padre me echó de su casa como si fuese un delincuente —recordó—. Abigail pertenece a esa religión rara de fanátic… —él cerró la boca al notar su incomodidad—. Tú también eres uno de ellos ¿verdad?

—Sí, pero no soy una fanática.

—Claro, no quise decir eso.

«Precisamente era eso lo que él había querido decir». De hecho, no lo culpaba de que pensara de esa forma.

—Es un lindo gesto que ayudes a Sarah —comentó Madison.

—Le prometí a Matthew que cuidaría de su madre —respondió—. ¿Cómo no iba a cumplir esa promesa? Si la familia de Sarah cree

que ella es una caníbal por haberle hecho un trasplante de riñón a su hijo y la han dejado sola. ¿Qué clase de amor profesa su dios? Ni siquiera la acompañaron en el entierro de Matthew. ¡Qué personas más despreciables! Tienen un corazón de piedra —Mark volvió a cerrar la boca—. Lo siento he olvidado otra vez que tú también eres uno de ellos.

Ella entendía su enfado. Hasta compartía su enfado. El ostracismo había sido una de las causas que había despertado las dudas en su cabeza. Ahora que conocía la verdad de la verdad haría todo lo posible para despertar a su familia. Pero mientras tanto debía fingir que era uno de ellos.

—La familia de Sarah solo obedece reglas —lo cual era cierto.

—¿Reglas? —repitió—. ¿Acaso existe una regla para abandonar a tu familia cuando más te necesita? —él sacudió la cabeza—. Lo suyo sí que es muy fraternal —dijo con evidente sarcasmo.

No existían palabras para justificar esa doctrina en la verdad. Ellos distorsionaban la biblia a su conveniencia. Creaban mente sesgada, distorsionadas y un enemigo que no existía para convertirlos en rehenes del miedo.

—Sarah abandonó la verdad y esas son las consecuencias que se paga por hacerlo —le explicó.

Mark tomó una galleta del plato, se la metió a la boca, la saboreó y luego respondió:

—¡Por un demonio a eso se le llama ser una jodida secta!

—Sí, es una jodida secta.

Madison abrió grande los ojos al darse cuenta que había dicho en voz alta lo que pensaba.

Él arrugó el entrecejo.

—¿Lo sabes?

Ella se llevó una galleta a la boca y la masticó despacio para controlar sus emociones.

—Sarah me ha ayudado a despertar y ahora no sé qué hacer con todo lo que sé.

—¿Tal vez podrías tomar distancia de esos fanáticos?

—Dentro de esos fanáticos se encuentra mi familia y los perderé si me alejo.

—Pero si sigues en ese lugar serás una infeliz toda tu vida.

—La verdad es que no me siento preparada para vivir en el mundo exterior —le confesó—. Me enseñaron a que el mundo era malo, a que solo con ellos encontraría la salvación. Me quitaron las uñas y los colmillos para defenderme. No sé cómo hacerlo. Me di cuenta que tengo habilidades para vivir dentro de esta mentira y no en el mundo real.

Se sentía tan liberador decir lo que pensaba en voz alta. Mark sacó un pañuelo del bolsillo trasero de su pantalón y se lo entregó. Ella no se había dado cuenta de que había estado llorando mientras hablaba.

—Aprenderás, Madison —dijo él—. De hecho, cometerás muchos errores hasta que aprendas. ¿Irás a la universidad?

—Se supone que el fin llegará en otoño de 1975, y no puedo perder el tiempo en cosas que no son útiles.

Mark se rio y al ver que ella no se reía, preguntó:

—¿Hablas en serio?

—Suena estúpido, pero eso es lo que ellos dicen —expresó—. Hay hermanos que han vendido hasta sus casas para anunciar que el fin está cerca.

—¿Cómo diantres pueden creer toda esa basura?

—Se aprovechan de las personas vulnerable. Ellos saben que son presas fáciles y que se creerán cualquier cosa que solucionen sus problemas. Mi madre cree que mi padre resucitará dentro de unos meses. Ellos venden la eternidad.

—Madre mía, estas personas sí que son la maldad personificada. Matthew también recibió persecución por esta secta, pero él pudo librarse de ellos. Lamentablemente su enfermedad se lo llevó —recordó, entristecido—. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Ella le regresó el gesto con una sonrisa.

—Gracias —dijo—. No te enfades conmigo si alguna vez te cruzo por la calle y no te saludo —le pidió—. Ellos no permiten el trato con mundanos.

Mark asintió con la cabeza.

—¿Qué es lo que harás ahora?

—Fingir… fingir que el mundo se acabará en 1975.

7 MESES ANTES DEL FIN

UNA HABITACIÓN repleta de víboras lanzarían menos veneno que las tres hermanas que se creían las elegidas de dios para vivir en el nuevo mundo. Ellas se habían reunido ese día en su casa para ayudar con los arreglos florales que se utilizaría en la boda de su hermano David ese fin de semana. Mientras tanto, aprovechaban para ponerse al corriente con las últimas novedades de los hermanos de la congregación. Madison dejó la bandeja de té en la mesa baja de la sala, se sentó en el sofá y tomó un canasto para ponerle ramilletes de flores blancas y amarillas. Era uno de esos días de abril, que no hacían ni frío ni calor.

—¿Han escuchado lo que ha pasado con los Cottler? —murmuró la madre de Lily Spencer, mientras bordaba las servilletas con las iniciales de los fututos novios.

Después de haberse enterado del amorío de la señora Spencer con el pastor Jackson Rotten ya no la podía ver de la misma forma. ¿Con qué descaro se atrevía hablar mal de las demás personas cuando su conducta era peor? Esa mujer era tan hipócrita que no le importaba compartir la misma habitación con la esposa de su amante. La hermana Rotten dejó el ramillete de flores sobre la mesa y respondió:

—No, no he escuchado nada, pero estoy segura de que tú debes saber que ha pasado con los Cottler.

La hermana Spencer apoyó el bordado sobre su regazo y se inclinó hacia delante.

—La madre de los hermanos Cottler se ha convertido en una apostata y ha empezado a decir cosas espantosas de la verdad y sus hijos han tenido que tomar medidas al respecto —contó.

Madison se llevó el pulgar a la boca cuando se lo pinchó con una de las espinas de las rosas.

—¿Qué medidas han tomado los Cottler con su madre? —

preguntó ella.

—La señora Cottler ha querido ver a sus nietos y ante la insistencia de esa mujer, sus hijos se vieron obligados a meterla en un psiquiátrico —dijo la hermana Spencer—. Esa mujer sabía muy bien que no podemos tener relación con un excomulgado.

—¿En un psiquiátrico? —repitió Alice—. ¿Eso no ha sido demasiado?

¡Por supuesto que eso había sido demasiado! Madison se había quedado muda del espanto. La señora Cottler solo había querido ver a sus nietos.

—Ella se lo ha tenido bien merecido —replicó la hermana Spencer con desdén—. La señora Cottler se ha parado delante de la congregación con un cartel gritando de que éramos una secta y que teníamos cautivos a su familia. ¡Esa mujer sí que ha pecado contra el espíritu de dios! Ha obtenido lo que se merece.

¡La señora Cottle solo había gritado la verdad! Sintió terror de que hicieran lo mismo con ella si alguna vez decía lo que pensaba en voz alta. Lo peor era ver a su madre asintiendo con la cabeza esos actos tan aberrantes. La hermana Miller, que se había mudado hacía unas pocas semanas a Sheboygan, añadió que se alegraba de que la señora Cottle no pasara al nuevo mundo. La hermana Miller era una mala imitación de la esposa del pastor Jackson Rotten. Se había mudado a una enorme y preciosa casa en los suburbios, y era evidente que estaba más allá de su presupuesto, pero ella decía que no le importaba el cumplimiento de la hipoteca porque el Armagedón estaba cerca.

Madison dejó las flores a un costado y bebió un sorbo de té. Respiró hondo y trató de relajarse, porque los próximos días serían un infierno. Después de la boda de su hermano, él viviría con su futura esposa en su casa. Para ellos el fin del mundo sería dentro de unos pocos meses y no veían necesario construir aún su propia casa. ¡Tendría que vivir bajo el mismo techo que Susan Rotten! Cada vez que lo pensaba sentía que le faltaba la respiración. A ella le quedaba

un poco de esperanza que cuando llegara el otoño y todas esas promesas no se cumplieran, su familia descubriría el engaño.

—¿Te encuentras bien, cariño? —preguntó Alison—. Te ves un poco pálida.

Madison bebió otro sorbo de té y asintió con la cabeza.

—Debe hallarse algo nerviosa por los preparativos de la boda —comentó la hermana Spencer—. No se preocupes hermanita Madison, estoy segura de que pronto estaremos celebrando la suya.

—¿Y esa pintura? —interrumpió la hermana Rotten, señalando el cuadro que se hallaba detrás de Alison.

Su madre se volteó para mirar la pintura.

—Es un cuadro que ha traído Madison, es bonito ¿verdad?

La pintura era un paisaje de colores vibrantes hecho con figuras abstractas.

—Se parece a los cuadros que solía hacer el hijo de la ya sabes quién —repuso la esposa del pastor Jackson.

—No, no lo sé —contestó Alison—. ¿De quién estás hablando?

—De tu vecina, la infiel —respondió la madre de Susan—. A veces me angustia saber que mi hija tendrá que vivir cerca de esa mujer después de la boda —mencionó despectivamente.

Madison tuvo que morderse la lengua para no gritarle en la cara que su vecina se llamaba Sarah, y que era una gran persona. Mucho mejor que todas ellas juntas. Esas personas usaban una bonita máscara que transmitían amor, armonía y unidad, pero detrás de escena, a medida que esas capas se iban despegando, se revelaba una verdad horrible. Lo que parecía hermoso en el exterior al excavar solo se encontraban gusanos en el fondo.

—Estás hablando de la caníbal, ¿verdad, hermana Rotten? —preguntó la señora Spencer—. ¿Por qué tienes en tu sala un cuadro de su hijo, hermana Jones?

Alison miró a su hija de golpe. El corazón de Madison empezó a latir con fuerza.

—¿Podrías responder a esa pregunta, cariño?

De pronto, todas las miradas se dirigieron hacia Madison. Si no respondía con cuidado sentía que unas hienas se arrojarían encima de ella.

—Compré el cuadro en una tienda de antigüedades —balbuceó —. Estaba en rebaja.

Las hermanas cambiaron de tema rápidamente, pero sabía que ellas no le habían creído. Tal vez sus mejillas rojas llena de culpabilidad la había delatado.

Alison esperó a que las hermanas se retiraran de su casa para descolgar el cuadro de la pared. Se dirigió a Madison como si el mismo demonio la estuviera persiguiendo.

—¿Cómo has podido meter esta cosa en mi casa? —le reclamó, su madre—. Me has hecho quedar en ridículo con las hermanas. ¡Ya no sé qué hacer contigo Madison! Solo quiero saber una cosa ¿tienes contacto con nuestra vecina?

Ella se encontraba entra la espada y la pared; no quería mentirle a su madre, pero tampoco quería alejarse de Sarah. La infiel era la única persona con la que podía experimentar la libertad de pensamiento.

—No.

¿Por qué diantres lo había negado? Alison no era idiota y sabía cuándo su hija le mentía.

—¿En qué clase de persona te has convertido? ¡Te he visto salir de la casa de la infiel e hice que miraba hacia otro lado! Buscaba excusas de que tratabas de ayudar a la vecina para que vuelva a ver a su hijo en pocos meses. ¡Pero ese ha sido mi gran error!

—¡1975 es una gran mentira! —explotó Madison—. Nada sucederá en el otoño. ¡Todo esto está mal! ¿Es que no puedes darte cuenta? ¿Cómo puedes aceptar que unos hijos metan a su madre en un psiquiátrico solo por querer ver a sus nietos?

—La señora Cottler había perdido el buen juicio al protestar frente a una congregación —quiso excusar los actos de aquellos desalmados—. Lo que ella hizo estuvo mal.

—¿Lo que hizo la señora Cottler estuvo mal? ¡Ella solo dijo la verdad!

—¡Ya deja de difamar a Dios Madison! ¿Acaso quieres perder la vida?

—No difamo a Dios, madre, desenmascaro a este culto que está muy lejos de servir a Dios —la corrigió.

Logró girar el rostro antes de que la mano de su madre se estampara contra su mejilla.

—¿Quieres golpearme por pensar diferente? —murmuró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué mal te he hecho para que me hables de esa forma? —cuestionó Alison—. ¡Nunca debí ser tan permisiva contigo! Susan me advirtió de que te apartarías del camino recto si continuabas teniendo trato con las cosas del mundo.

—¡Susan es una maldita loca!

Y esa vez no pudo esquivar la bofetada de su madre. Alison partió el cuadro en dos con su rodilla. La hizo a un lado y se dirigió a la chimenea encendida para echar al fuego la pintura del hijo de Sarah. Por más que Madison intentó rescatarla, solo logró sacar cenizas.

—¿Por qué has hecho eso?

—Porque esa pintura vino del pecado —respondió Alison—. Y no dejaré que el diablo habite en nuestra casa.

Buen Dios, ¿a dónde se había ido la persona racional que solía

ser su madre?

El fanatismo divide,
asesinando la inocencia

-Mille Petrozza

ABIGAIL MORGAN se había sentado en el banquillo de los acusados; o era así como se sentía. Tenía a tres pastores delante de ella y a sus padres por detrás escuchando el interrogatorio. La habían llevado a la sala de juicio cuando se enteraron de que iba a ir a la justicia por un hecho que había ocurrido seis años atrás. Cuando ella apenas tenía doce años. Lo peor era que a la persona a la que iba a denunciar se hallaba entre los que la estaban juzgando. Las manos le sudaban y el corazón le latía a toda prisa. No pensó que le iba a afectar tanto tener que relatarles detalladamente a aquellos hombres lo que le había sucedido. De cómo el pastor que se subía al atril a dar un discurso ejemplar había abusado de ella. Durante todo ese tiempo había evitado tenerlo cerca y tener la sensación de que los ojos de él estaban sobre su cuerpo le asqueaba.

—¿Por qué no recurrió a nosotros cuando supuestamente nuestro hermano hizo lo que hizo? —preguntó el pastor Jackson Rotten.

—Porque en ese entonces no había dimensionado el hecho y creí que había sido mi culpa.

—¿Y no lo fue? —replicó el pastor Steve Worm, que jugaba con la alianza de su dedo anular.

Abigail parpadeó, desconcertada.

—¡Tenía doce años! —exclamó.

—La hermanita Abigail siempre ha tenido una gran imaginación —se atrevió a decir el pastor Anthony Snif, su abusador.

Ella miró a sus padres esperando a que ellos la defendieran, que arremetieran contra su abusador, pero ellos se limitaron a bajar la vista al suelo, dejándola sola e indefensa. Otra vez. Trató de sacar toda la fuerza que estaba a su alcance para no dejar que la angustia se apoderara de ella.

—El pastor Anthony Snif no recuerda los hechos de esa forma —insistió el pastor Rotten.

Desde un principio el pastor Jackson había tratado de distorsionar los hechos para defender a su buen amigo. Las preguntas eran degradantes y siempre se las ingeniaban de responsabilizarla por haberse subido al coche de su abusador aquel día. Haciendo que esa culpa que sentía por haberse subido a su coche se potenciara. Si había asistido a ese comité había sido porque sus padres la habían obligado y porque una parte de ella quería que todos conocieran la verdadera cara de ese hombre. Para su desgracia parecía que ese juicio no iba a tener ese cometido. Cada vez que ellos le pedían que repitiera su historia, el pastor Anthony Snif hacia una risita socarrona desvalorizando su relato. Después de muchos años, Abigail se atrevió a mirarlo a los ojos y le dijo:

—¿Acaso niega que aquel día mientras buscaba a mi perro Golfo usted se ofreció a ayudarme y me pidió que me subiera a su coche? ¿Niega que se aprovechó de su posición de poder y abusó de mí? ¿Niega que me pidió que no le dijera nada a nadie porque de lo contrario dios me quitaría el paraíso?

—Hice algunas cosas de las que me arrepiento y le he rogado a dios clamando su perdón, y él lo ha hecho. ¿Acaso no todos nacimos imperfectos? —se excusó el muy sínico.

—Así como dios perdona nuestros errores, nosotros también debemos perdonar a los demás —murmuró el pastor Steve en un tono apacible, enseñando un rostro de oveja cuando en realidad era el mismo lobo—. Dejemos la justicia en las manos de dios.

¿Perdonar? ¿Cómo podía perdonar a alguien que le había causado tanto daño y además minimizaba los hechos con que era imperfecto? Sentía que volvía a sentirse indefensa como aquella niña de doce años que se había guardado el secreto para no perderse del paraíso.

—Él ha cometido un grave error y debe ser juzgado por eso —rugió llena de frustración—. ¿Quién sabe si no se lo ha hecho a otras

niñas?

—La biblia es muy clara cuando dice que si acusamos a un hermano debemos tener dos testigos que afirme esa acusación para juzgarlo —explayó el pastor Jackson.

—Probablemente si hubiera habido dos testigos en ese momento este asqueroso hombre no hubiera abusado de mí —refutó Abigail, elevando cada vez más la voz.

—Sin pruebas no podemos juzgar a un hermano. Un hermano que ha llevado una vida ejemplar —el pastor Steve continuó defendiendo al abusador—. Y dado que tu conducta rebelde solo demuestra que no llevas a dios en tu vida, eso nos dice muchas cosas.

—¡¿Cómo pueden encubrir a un monstruo?! —exclamó, sin poder contener su rabia.

El pastor Anthony Snif se levantó abruptamente de su asiento, apoyando las palmas de las manos contra la mesa.

—Ten más cuidado de cómo me hablas, muchacha inicua —le advirtió—. Siempre has sido una niña promiscua, y si hemos mirado hacia otro lado ha sido por el buen ejemplo de tus padres.

Ella se giró hacia sus padres y les dijo:

—¿Ustedes no dirán nada al respecto?

—Los pastores solo tratan de ayudarte Abigail —contestó su madre.

—¿Ayudarme? —repitió, asqueada.

—Hemos hablado de tu caso con los que llevan la delantera en el pueblo de dios y nos han recomendado que mantengamos a la justicia del hombre al margen y que nos manejemos con la justicia de dios —murmuró el pastor Jackson—. El hermano Snif ha demostrado su arrepentimiento del mal que tú crees que él te hizo.

Abigail abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir:

—¿Y qué se supone que es lo que debo hacer?

—Perdonar e imitar el ejemplo de nuestro señor —contestó el hermano Rotten—. Los problemas se solucionan de la puerta para adentro. Además, ¿no querrás ensuciar el nombre de dios?

—¿Entonces me piden que actué como si nada de esto hubiera ocurrido?

—Si dice la verdad hermana Morgan, dios hará justicia a su debido tiempo —respondió el pastor Steve—. Pero no querrá contradecir a los que llevan la delantera ¿verdad?

—¿Y qué pasaría si decido dirigirme a la justicia del hombre?

—No obedecer a los que llevan la delantera sería como desobedecer a dios mismo —repuso el pastor Jackson—. Y los que desobedecen no pueden formar parte de su pueblo.

—¿Eso significa que la víctima sería excomulgada y el abusador seguiría recibiendo privilegios?

El pastor Steve Worm dirigió la vista hacia su padre y le dijo:

—Usted es el cabeza de familia hermano Morgan, es su responsabilidad hacer que su hija haga lo correcto. No querrá que el nombre de dios se vea ensuciado por cosas que tal vez ni hayan ocurrido.

—No se preocupen hermanos, Abigail hará lo correcto —asintió su padre.

En ese momento a Abigail le dolió más que su padre se hubiera puesto de parte del hombre que la había abusado, que el menosprecio que había recibido de los pastores que creían tener ese puesto porque dios se los había otorgado. ¡Que el infierno ardiera sobre sus cabezas!

4 MESES ANTES DEL FIN

JOSEPH DARKNESS había avisado dos días antes de que haría una visita de pastoreo en su congregación. Su llegada había provocado un huracán entre los hermanos. El gran líder se atrevía a visitarlos. Hasta algunos tuvieron la osadía de compararlo con Moisés porque los llevaría a la tierra prometida. La tierra que esperaban después del otoño de 1975. Se suponía que la idolatría era un pecado, pero ellos lo único que hacían era idolatrar a un hombre de carne y hueso. Madison sacó una butaca de la pila de sillas para luego acomodarlas en hileras. Estaban acondicionando los últimos detalles en la iglesia para recibir a uno de los ungidos de dios. Por suerte ese día a ella no le había tocado el privilegio de limpiar los retretes.

Tener que fingir durante los últimos meses que era una fiel seguidora de la verdad, la estaba enloqueciendo. Después de la boda de su hermano David, su vida se había vuelto un infierno con la llegada de Susan a su familia. Madison había sido tan ingenua al creer que lidiar con su cuñada sería una tarea sencilla. Su cuñada era una mujer de pocas luces, pero tenía agudizado su olfato para la maldad. ¡Susan se había convertido en su sombra! No quería que ella fuera la piedra en el zapato de su esposo que entorpeciera su puesto en el consejo de pastores. Madison se había visto obligada a ser más activa en el voluntariado y actuar que era feliz con lo que hacía. El sacrificio valía la pena si de esa forma le permitían terminar sus estudios. Había pensado seriamente en ir a la universidad, sus profesores de clases la habían animado a que lo hiciera ya que sus notas le permitían conseguir una beca si así lo quisiera.

Madison extrañaba a Sarah. Extrañaba oír sus consejos. Desde que su madre había quemado el cuadro con la pintura del hijo de su vecina, ella no había podido volver a verla. El control era tan estricto que ni siquiera había podido ir a visitarla a escondidas. Pero le había dejado una carta en su buzón explicándole la razón de su alejamiento.

—¿Crees que si me acerco al ungido de dios él me devolverá el saludo? —preguntó Lily Spencer, mientras la ayudaba a acomodar las sillas.

Madison arrugó el entrecejo.

—¿Por qué el ungido de dios te negaría el saludo?

—¿Tal vez por qué un hombre tan especial como él no se atrevería a mirar a alguien tan inferior como yo?

Joseph Darkness no era más que un vividor con delirios mesiánicos. Se había creado un halo de un superhombre y eso lo hacía intocable, porque era como meterse con dios mismo. Era un verdadero caso de estudio. El ungido iba de estado en estado predicando la «verdad» y recibiendo las mejores cosas de sus feligreses, a cambio ellos obtenían lo que él vendía: la vida eterna. ¡Menudo cerdo asqueroso! Mientras los que estaban arriba en la cúpula viviendo entre lujos con las donaciones de sus creyentes, sus feligreses vendían sus hogares, regalaban su tiempo, se apartaban de su familia ¡hasta perdían su vida por negarse a un trasplante! Todo para recibir la fantasía que ellos ofrecían. ¿Cómo podían ser tan descarados? Esperaba ansiosa la llegada del otoño para que finalmente estos monstruos pudieran ser desenmascarados. Monstruos que la habían hecho prisionera de sus mentiras.

—Joseph Darkness es una persona de carne y hueso igual que tú y yo, y si él te negara su saludo no sería más que un grosero.

—¿Cómo puedes decir eso? Él no es como cualquier persona —repuso Lily—. Dentro de unos meses Joseph Darkness gobernará con dios en los cielos.

Madison puso los ojos en blanco. Al único lugar que él se iría sería al mismo infierno. Se preguntó como ella había podido creer todas esas estupideces durante tanto tiempo. Lo único especial que tenía Joseph Darkness era que tenía la cara más dura que una piedra y no se le movía un músculo del rostro para jugar con la fe de las personas. No lo conocía en persona y hubiese preferido no conocerlo nunca. No sabía cómo iba a reaccionar cuando tuviera a ese lunático

delante de ella.

—¿Cómo estás tan segura de que él gobernará en el cielo con dios? —le cuestionó.

—Porque dios lo escogió para que él nos diera el alimento espiritual en el tiempo correcto. Y ese trabajo el ungido lo está haciendo a la perfección. Estamos viviendo en una época muy especial. Somos tan afortunadas de poder ver el fin de este malvado mundo.

Hablar con Lily era igual que hablar con una pared.

—¿Me creerías si te dijera que dios también habla conmigo?

—Dios no habla contigo.

—¿Cómo lo sabes?

Lily la señaló con un dedo y le dijo molesta:

—No vas a arruinarme este día tan especial, Madison.

Ella sonrió para cortar el aire tenso que se había creado.

—Solo te estaba probando para ver qué tan fuerte era tu fe —mintió.

Lily relajó los hombros y le devolvió la sonrisa.

—Por un momento creí que tus dudas habían regresado.

Sus dudas no habían regresado. Finalmente, sus dudas se habían aclarado.

Inmediatamente después de la entrada del gran Joseph Darkness, que se llevó la admiración de sus seguidores, él se dirigió hacia la delantera de la iglesia, en donde estaba el escenario. Físicamente el ungido no era más que un hombre ordinario: de estatura mediana, hombros anchos, rostro anguloso con unos rasgados ojos marrones. La mayor parte de su cabello era blanco como las patillas que rodeaban

su mandíbula. Su aspecto era inofensivo, pero de inofensivo no tenía ni un pelo de su cabeza.

El ungido de dios se subió al escenario y desde la plataforma estudió a sus oyentes, y una sutil sonrisa se dibujó en sus labios. Sus primeras palabras en nada habían alterado esa primera impresión que ella se había llevado de aquel hombre corriente, que con sus interpretaciones seglares tenían cautivas a miles de personas. Pero a medida que él se entraba en su discurso, Madison notó su talento. Debía reconocer que por más que supiera que nada de lo que él decía era verdad, Joseph Darkness era un hipnotizador natural. Hasta el nudo de su corbata era la obra de un artesano magistral. Todo estaba deliberadamente controlado. Al principio, las energías de sus palabras habían sido hábilmente contenida, su temperamento apasionado, hostil, había sido canalizado con destreza.

«…Queridos hermanos debemos esperar que se digan más mentiras a medida que se acerca el día de dios, ahora es el momento de fortalecer nuestra confianza en su organización, su pueblo fiel y verdadero, parte de la información falsa se basa en lo que dicen los apostatas, los que se alejaron del camino de dios, para desacreditarnos. Hasta podrían parecer convincentes, incluso para nosotros mismos, y aunque pensemos yo no me lo voy a creer, solo quiero saber lo que ellos dicen, pero hermanos exponernos a ese tipo de información falsa puede generar dudas en nuestra mente y debilitar la confianza que tenemos en los ungidos que dios ha escogido de la tierra. La única manera de sobrevivir al día de furia de dios, que será dentro de muy pronto, es siguiendo a los que llevan la delantera», disertó el descarado Joseph Darkness.

En otras palabras, lo que el ungido de dios trataba de decir era que la única manera que tenían para sobrevivir era obedeciéndolos ciegamente. Que sus seguidores ni se les ocurrieran pensar por sí mismo o serían destruidos. Menudo chantaje emocional. Madison se aferró a la butaca para no ir a quitarle el micrófono y gritarle que solo faltaban cuatro meses para que sus mentiras quedaran al descubierto, y justamente fue eso la que la mantuvo en su asiento.

«Hoy día los hombres malvados cada vez nos atacaran con más

mentiras y tergiversando las cosas. Mienten sobre como tratamos a quienes han cometido abusos de menores y a las víctimas de esos abusos; tergiversan lo que decimos sobre la lealtad a la familia, la excomulgación… nos critican cuando creen que hemos cometido errores, quizás afirmaciones dogmáticas que hicimos en el pasado sobre algunas profecías bíblicas…».

Madison puso los ojos en blanco. Los únicos que mentían eran ellos.

«…Quienes se dejan moldear por satanás se pierden la oportunidad de ser vasos útiles para dios y en cambio llegan a ser uno más de los numerosos vasos que se producen en el taller del diablo ¿y para qué sirven esos vasos? Para nada en absoluto. Romanos 9:22 dice que quienes forman parte del mundo de satanás son vasos de ira hecho a propósitos para la destrucción».

Y por supuesto no debía faltar su discurso de odio. Si no estaban con ellos, estaban en contra ellos. Desde que ella había descubierto el engaño, se había dado cuenta de que el mensaje siempre era el mismo, disfrazado con otras palabras. El odio al que pensaba distinto, el odio al que decidía irse, el odio al que no pertenecía a esa burbuja. Lo peor era que sus miles de seguidores se atrevían a llamar amor el desprecio que sentían por el prójimo. «Tus días están contados Joseph Darkness», se animó a sí misma.

«…Recuerden hermanos, la luz se hace más brillante».

3 MESES Y 3 SEMANAS ANTES DEL FIN

HABÍA encontrado una nota de su madre sobre la encimera de la cocina cuando regresó de la escuela, pidiéndole que le devolviera la bandeja de plata a los Morgan. Hacía varios días que Madison no había tenido contacto con Abigail, después de la llegada de Joseph Darkness a su iglesia, ella se había visto obligada a seguir a su familia a cada evento que el farsante ungido de dios se presentaba. Necesitaba quitar de su cerebro toda la basura que había venido escuchando durante los últimos días y como no podía acercarse a Sarah, porque tenía ojos vigilándola todo el tiempo, la única persona con la que podía derramar su frustración era Abigail.

Tomó la bandeja de plata y salió de su casa. Cruzó la calle para dirigirse a la casa de los Morgan. Arrugó el entrecejo cuando encontró a la señora Morgan llorando sobre la acera. ¿Qué estaba ocurriendo? Mientras se acercaba halló a Abigail metiendo unos bolsos en el maletero de su coche.

—¿Qué es lo que está pasando, Aby? —preguntó Madison—. ¿Planeas irte de viaje?

Abigail giró la cabeza hacia ella y solo se limitó a observarla, con los ojos hinchados y llorosos.

—Abigail ha sido excomulgada —respondió el señor Morgan, al tiempo que miraba la escena desde la entrada de su casa.

—¿Excomulgada? —repitió—. ¿Por qué?

Conocía la doble vida que llevaba Abigail, pero si ese era el caso, la congregación se quedaría sin feligreses. La mayoría eran unos hipócritas. Abigail no podía irse. Abigail era la única persona con la no debía actuar, con la que podía ser ella misma. La sujetó del brazo y le preguntó:

—¿A dónde iras? No puedes abandonarme, Aby —dijo con

desesperación.

—Aléjate de ella Madison —intervino la señora Morgan—. Conoces las reglas. No debemos tener tratos con los infieles.

Buen Dios, de la persona de la que estaba hablando era su hija. ¿Cómo podían ser tan desalmados? La única verdad de todo eso era que la “verdad” era un criadero de monstruos. Abigail inclinó la cabeza hacia ella y susurró:

—Huye mientras puedas, Madi. Huye antes de que estas personas te terminen robando tu humanidad.

—¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué te han excomulgado? —quiso saber—. ¿Han descubierto que te has robado el archivo de Miriam? ¿Acaso ha sido por mi culpa?

—Ojalá hubiera sido por eso —contestó con una sonrisa vacía—. No te preocupes, tú no has tenido nada que ver con todo esto.

—¡Entonces apela a otro juicio! —exigió ella.

—No haré tal cosa. No dejaré que estas personas roben un minuto más de mi vida. Ellos son ladrones, Madi —miró a sus padres y continuó en un tono más elevado—: Ladrones de sueños; ladrones de educación; ladrones de dignidad humana, de tus derechos; de esperanza; de libertad de elección; del brillo en los ojos. Hasta roban a tu familia si decides alejarte.

—¡Ya no digas más blasfemias Abigail! —exclamó la señora Morgan—. ¡Vete! —gimió entre sollozos—. No puedo seguir escuchándote. No puedo ver en lo que te has convertido.

En ese instante a ella le importó un demonio las reglas y abrazó a Abigail con fuerza. Le hizo saber que pasara lo pasara podía contar con ella. Que todo acabaría pronto. Que ese culto acabaría en el otoño. Que su mentira de 1975 no les saldría gratis.

—Debes irte Abigail —dijo el señor Morgan en un tono frío—. Podrás regresar a esta casa, siempre y cuando, vuelvas a la verdad. Espero que sea pronto porque no quisiera tener que ver tu cadáver

entre los escombros cuando este mundo se acabe.

Abigail se limitó a ver a sus padres con desconcierto, y por más fuerte que ella siempre había intentado demostrar que era, el desprecio de sus progenitores la había roto por dentro. Los Morgan se estaban deshaciendo de su hija con tanta frialdad que los pelos del brazo se le erizaron. No pudo evitar preguntarse si ella estuviese en ese mismo lugar su madre actuaría del mismo modo. Lo peor era que creía que sí. Abigail se subió al coche, lo encendió y empezó a alejarse. Madison la siguió por detrás. Se detuvo en medio de la calle y se despidió de la última aliada que le quedaba.

3 MESES Y 23 DÍAS ANTES DEL FIN

ESA NOCHE el ungido de dios terminaba con su visita de pastoreo en su iglesia, y para eso habían decidido despedirlo brindándole una gran cena en uno de los mejores restaurantes de la zona. Por supuesto, Joseph Darkness no se iba a negar a recibir todas las atenciones que acariciaran aún más su gran ego narcisista. Se suponía que la idolatría era un pecado, pero si la idolatría iba a dirigida a ese holgazán que vivía a costa de sus feligreses estaba bien. Era un alivio que finalmente ese hombre se fuera a hacer su pastoreo a otro estado, ya no soportaba ver como sus seguidores aplaudían cada una de sus palabras. Asentían cada cosa que él decía como una verdad absoluta. Evidentemente, el ungido era dueño de un gran carisma y además estaba respaldado por una gran maquinaria de marketing.

Ellos ingresaron al elegante restaurante y los acomodaron en la mesa ubicada cerca de la ventana. A la velada solo habían asistido los que llevaban la delantera en la iglesia, y si Madison se encontraba entre ellos era porque su hermano David acababa de ser incluido en el consejo de pastores. Y habían decidido que esa noche también se celebrara la gracia del espíritu santo por haber escogido a un nuevo miembro para guiar a sus ovejas. Joseph Darkness se sentó en la cabecera, a la derecha se hallaba su esposa, una mujer que apenas se había sentido su voz durante esos días y vivía bajo la sombra de su esposo. La hermana Darkness parecía estar bien adiestrada, sonreía cuando tenía que sonreír y hablaba cuando tenía que hablar.

El ungido llamó a la camarera para que les trajera el menú. Sarah se acercó a la mesa y palideció cuando los vio. Un aire tenso se generó en el ambiente. Madison se sorprendió de verla porque se suponía que esa noche era su noche libre. Después de varios meses, era la primera vez que la volvía a ver, ella solo deseaba arrojarse a sus brazos e implorarle que la alejara de todas esas personas. Pero Sarah parecía no haberla distinguido entre todo ellos, lucía petrificada,

sujetando con fuerza la libreta y el bolígrafo.

—La camarera es una excomulgada —susurró el pastor Anthony.

La esposa de Joseph Darkness apoyó una mano sobre el brazo de su marido y le dijo:

—Ella es Sarah Anderson, cariño, la caníbal de la que tanto han hablado los hermanos —ella miró a su vecina con desprecio y agregó —: Deberíamos pedir que nos envíen a otra camarera.

Las tripas se le revolvieron. Hubiera preferido que esa mujer hubiera mantenido su boca cerrada, antes de vomitar semejante basura. Joseph Darkness estuvo de acuerdo con su esposa e hizo un gesto despectivo con la mano, como si Sarah fuera un perro, para que se retirara. Madison dirigió la vista hacia su vecina esperando a que le respondiera y que lo pusiera en su lugar, pero ella simplemente obedeció. Hizo marcha atrás y se retiró. ¿Qué había sido de la mujer fuerte y valiente que había conocido? ¡Simplemente se había esfumado! Lo peor era que todos los que estaban en esa mesa celebraban como el elegido de dios había humillado a una persona. ¿A dónde diantres se les había ido la empatía a todos ellos? Sentía tanta impotencia que deseaba gritarles que el único paraíso que conocerían sería el mismo infierno. Pero al ver a su madre le hizo recordar que si lo hacía no la volvería a ver.

—Sarah Anderson es una buena mujer que hizo todo lo que pudo para salvar la vida de su hijo —escuchó que salió de su boca.

De pronto, toda la atención se volcó sobre Madison. Tragó saliva.

—La compasión de Madison a veces se extralimita —intervino su hermano David, tratando de excusar su exabrupto.

—Será una buena mujer para los ojos de este mundo, querida, pero no para los ojos de Dios —dijo la esposa del escogido—. Nunca debes olvidar eso.

—Creo que alguien necesita recargar su espiritualidad —bromeó Joseph Darkness, pero sabía que sus palabras eran una seria advertencia.

Todos los de la mesa soltaron una risita, pero más bien era una risita incómoda. Madison apoyó las palmas de las manos sobre la mesa y se puso de pie.

—Debo ir al tocador… —murmuró ella, al mismo tiempo que se alejaba para apartarse de esas hienas.

Buscó a Sarah en el salón y la halló levantando los platos sucios de otras mesas, en el lado opuesto en donde se hallaba *el pueblo escogido por dios*. Madison se le acercó y apoyó una mano sobre su hombro.

—Lamento lo que acaba de ocurrir Sarah. Ellos son unos desalmados, no debieron haber hecho eso —dijo—. Nunca imaginé que trabajarías en tu día libre, de lo contrario hubiera hecho todo lo posible para que fueran a otro sitio.

—Tú no tienes por qué disculparte, cariño —se secó una lágrima que acababa de caer sobre su mejilla—. Pensé que ellos ya no podrían doblegarme, pero parece que no es así. ¿Acaso quien los acompañaba era el mismísimo Joseph Darkness?

Madison asintió con la cabeza.

—Son unos cerdos, incluido mi hermano —gruñó, furiosa—. Lo peor es que la única persona con la que podía hablar ahí adentro acaba de ser excomulgada.

Sarah arrugó el entrecejo.

—¿De quién estás hablando? —quiso saber.

—Abigail Morgan ha sido excomulgada —contestó—. Y ni siquiera sé por qué lo han hecho.

—No puedo creer que ellos hayan llegado tan lejos —farfulló Sarah en un tono cargado de indignación.

—¿Qué intentas decir con eso?

Sarah apoyó una mano sobre su espalda baja y la hizo ir hacia un costado, donde nadie pudiera verlas hablando.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Conoces la razón por la que Abigail ha sido excomulgada?

—Ella iba a delatar a su abusador con los pastores. Buen Dios, me siento culpable de haberla alentado a que lo hiciera.

Madison parpadeó, llena de sorpresa.

—¿Abigail ha sido abusada?

—Y lo peor es que a su abusador parece no haberle caído ningún castigo.

—¿Tú sabes quién fue su agresor?

—Ahora mismo compartes la mesa con él.

De repente, el estómago se le estrujó y la bilis empezó a subirle por la garganta. Se cubrió la boca con una mano para reprimir una arcada.

—Todos los que están en esa mesa son pastores —mencionó Madison.

Sarah hizo una mueca.

—Y entre ellos se encubren —replicó—. Parece que no conoces la regla de los dos testigos y que se encomia a que todo quede en manos de Dios. Que él hará justicia a su debido tiempo.

—¡Abigail debió denunciarlo en la justicia! —chilló—. ¿Quién es el puerco?

—¡Madison! —exclamaron a sus espaldas.

Giró los talones y halló a su madre, que se veía muy furiosa. Un escalofrío recorrió por su espalda.

—Regresa a la mesa ahora mismo —le ordenó Alison, apretando la mandíbula.

—¿Conoces la razón por la que Abigail ha sido excomulgada? —

la enfrentó Madison.

—Si la han excomulgado ha sido por desobedecer las normas de Dios —respondió su madre sin dudar.

—La excomulgaron por delatar a su abusador —la corrigió ella.

—Pero que bobadas dices Madison —la reprendió su madre—. El pueblo de Dios es un pueblo limpio y esas cosas no suceden.

Sarah soltó una risita irónica.

Su madre dirigió su atención sobre su vecina.

—Usted le ha metido todas esas tonterías en la cabeza de mi hija, ¿verdad?

Sarah dio un paso hacia delante, acortando la distancia que tenía con su madre.

—Que no desee ver la realidad no significa que sea una mentira, hermana Jones.

—Aléjese de mi hija, Sarah —exigió Alison, señalándola con un dedo—. Desde que usted se ha aparecido en su vida, Madison ya no es la misma persona de antes. No permitiré que arrastre a mi hija hacia el camino de la destrucción. Y mucho menos ahora que el fin está tan cerca.

Sarah meneó la cabeza con un gesto compasivo. Dirigió la vista hacia Madison y dijo:

—Puedes buscarme cada vez que me necesites, Madison. Siempre estaré para ti, cielo —regresó la mirada hacia Alison y añadió—: Si realmente ama a su hija, nunca permita que se quede a solas con el pastor Anthony.

Dicho eso, su vecina se apartó. Su madre la sujetó del brazo con fuerzas.

—¿Cómo te atreves a hablarle a una asquerosa infiel? ¿Sabes que hubiera ocurrido si uno de los pastores te hubiera visto? O peor aún ¿si hubiera sido Joseph Darkness? —le cuestionó—. Si te encuentro

otra vez dirigiéndole la palabra a esa apostata, no me dejarás más opción que hablarles a los pastores de tu mala práctica. No seré cómplice de tus acciones —siguió—. Regresa ahora mismo a la mesa, Madison.

Ella apartó la mano de su madre de su brazo y alzó el mentón, desafiante.

—Por nada del mundo compartiré la mesa con un abusador, madre.

1 MES ANTES DEL FIN

FINALMENTE, Madison había logrado librarse por ese día del voluntariado. Anunciar que el mundo cambiaría en el otoño y la paz se reestablecería, era la prioridad de cada miembro de la verdad, por ende, eso también la acarreaba a ella a dar largas caminatas advirtiendo sobre los últimos días. Las personas los observaban como si fuesen unos malditos locos que desperdiciaban sus vidas, ¡y ellos tenían razón! Había tirado ese verano a la basura. Trabajaban gratis para una organización maléfica que prometía darles a sus miembros vida eterna a cambio de su exclusiva devoción. No sabía si debía sentir compasión por la ingenuidad de ellos o por ella misma de tener que oír una y otra vez todas sus mentiras: «El fin está a la vuelta de la esquina» «La luz se hará más brillante». De pronto, volvió a tener la sensación de que un coche la estaba siguiendo. Comenzó a caminar más deprisa.

—Creí que nunca ibas a librarte de esas personas —gritó el conductor del vehículo.

Madison se detuvo y giró la cabeza hacia su izquierda.

—¿Mark?

Él lucía algo cambiado de la última vez que lo había visto. Se había dejado crecer la barba y parecía haber aumentado unos kilos de más, pero de musculación.

—Te he estado siguiendo por horas —dijo Mark—. He perdido la cuenta de cuantas latas de refresco me he bebido.

—¿Acaso te has convertido en un acosador?

—Sarah ha regresado al hospital —le avisó—. Pensé que debías saberlo y no quise acarrearte ningún problema al decírtelo adelante de esas personas.

El corazón se le paralizó. Después del episodio del restaurante,

Madison no la había vuelto a ver. Su madre estaba tan furiosa con ella que no le dejaba pasar ningún error.

—Pero ella se pondrá bien ¿verdad?

—Está vez es diferente, Madi.

—¿Diferente? Sarah es una mujer fuerte —repuso—. Además, desde que la conozco ella ha tenido periodos en los que debía internarse para recuperarse.

Mark la miró con una mezcla de compasión y ternura.

—Deberías ir a despedirte, Madi.

Ella no entendía lo que él intentaba decirle o no quería entender.

—¿Despedirme? —preguntó con la voz quebrada.

—Ahora iba a ir al hospital a visitarla, puedo llevarte si quieres —se ofreció él.

A Madison no le importó que la vieran hablando con un infiel, bajó la acera, rodeó el coche y se subió al vehículo.

—Sarah nunca me advirtió de que tan grave era lo que tenía —se quejó, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Eso es típico de Sarah —comentó él, a la vez que encendía el motor del coche—. A ella no le gusta preocupar a nadie con sus cosas. Ni siquiera me avisó de que se sentía mal, la hallé desmayada en su cocina cuando fui a cortar el césped de su jardín.

—No puedo perder a Sarah, Mark —expresó con la voz temblorosa—. Es la única persona que entiende el calvario que es mi vida. No puedo perder a Sarah —repitió, angustiada.

Mark se puso sus gafas de sol y aceleró el coche para cruzar el semáforo verde.

—¿Qué crees que ha estado haciendo Sarah contigo durante todo este tiempo?

—¿A qué te refieres?

—Ella ha sacado fuerzas no sé de dónde de su cuerpo deteriorado solo para ayudarte a despertar —le confesó—. Le diste un impulso más para vivir Madison, y no te atrevas a rendirte ahora. Se lo debes a Sarah. Además, no estás sola, ¿acaso no me ves?

—Pero tu regresarás a la universidad y te olvidarás de mí.

—¿Acaso me he olvidado de Sarah?

—No es lo mismo, le prometiste a Matthew que cuidarías de su madre.

—Y le prometí a Sarah que cuidaría de ti —replicó él—. Y si con esto no he ganado el cielo, ya no sé qué pensar al respecto.

Madison se sorbió la nariz con el dorso de la mano y sonrió a su pesar.

—Será mejor que te limpies esas lágrimas y no permitas que Sarah te vea desanimada —murmuró Mark—. Eres su discípula, eres su pequeño logro. Logró salvar una vida de esa maldita secta.

Cuando el médico de Sarah le confirmó que su estado era irreversible, esa ventana de esperanza de que Mark hubiera estado equivocado se había cerrado. Sintió que su mundo se estaba haciendo trizas. ¿Cómo haría para salir de la prisión en la que se hallaba si pronto nadie la estaría esperando en ese mundo extraño al que siempre le habían hablado tan mal? A veces creía que hubiera sido mejor no haber descubierto nunca la verdad de la verdad. Mark salió de la habitación en donde estaba Sarah y le dijo que ella la estaba esperando.

Madison se quedó tiesa en el corredor por un momento. Como si de ese modo pudiese detener el tiempo y evitar lo inevitable. Mark le apoyó una mano sobre su brazo y le dio ánimo. Ella respiró hondo y se esforzó por sonreír, luego ingresó a la habitación. Sarah se hallaba entubada y se veía mucho más delgada de la última vez que la había

visto. Se acercó al borde de la cama, extendió un brazo y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—Sarah… —susurró.

Su vecina abrió los ojos y sonrió.

—¿Acaso es una lágrima lo que veo en tu rostro? —dijo pausadamente, mientras se quitaba el respirador con las escasas fuerzas que le quedaban.

—Eso es lo que me provocas cuando veo tu horrible cara —contestó ella.

Sarah volvió a dibujar una sonrisa en su rostro.

—N-no quiero q-que llores por mí, cielo —le pidió—. P-prométemelo, Madi.

—Entonces no te atrevas a dejarme, infiel —le exigió.

Su vecina se colocó el respirador por un instante y luego se lo volvió a quitar para decir:

—Eso no depende d-de mí, Madi.

—Sigue luchando —le imploró—. Sé que suena egoísta pedirte esto, pero te necesito. Necesito tus consejos, necesito saber que tendré a alguien afuera esperándome cuando pueda huir…

—D-detente, Madi —la interrumpió Sarah—. No me n-necesitas, ya sabes todo lo q-que tienes que s-saber. Eres fuerte y v-valiente… —hizo una pausa—. Tendrás una vida maravillosa cuando te l-liberes de todos ellos. Prométeme q-que no…

Madison le colocó el respirador al notar como Sarah se agitaba.

—Lo siento Sarah, no quise alterarte —dijo en un tono suave—. Será mejor que te deje para que puedas descansar.

Sarah volvió a quitarse el respirador y la miró a la cara para añadir con dificultad:

—P-pero antes p-prométeme que no t-te quedarás en ese l-lugar

por mucho t-tiempo más.

Madison perdió el habla al sentir un inmenso dolor en el pecho. Era bochornoso que su vecina luciera más fuerte que ella a pesar en el estado en el que se hallaba. Le prometió que lo haría asintiendo con la cabeza. El doctor de Sarah ingresó a la habitación y le avisó que el horario de visitas había acabado. Antes de abandonar la habitación, ella le hizo saber a Sarah que regresaría al día siguiente. Y así lo haría, aunque su familia le tirara sus pertenencias a la calle.

OTOÑO DE 1975

LOS RAYOS rasgaban la oscuridad de la noche. El furioso cielo había empezado a juzgar los errores de la humanidad. Los cuerpos cubrían la tierra. Madison Jones no podría ocultarse de la mano de dios por más que tratara de esquivar las calamidades. El jinete de la guerra, que cabalgaba un caballo rojo, había levantado una neblina acida que había desintegrado a una gran cantidad de personas mientras intentaban huir de ella. Echó una ojeada a su alrededor: las calles eran un desierto, las casas estaban deshabitada, los animales habías desaparecido y el silencio sonaba aterrador. Un llorisqueo rompió el sigilo. Madison se dejó guiar por el gemido, que la dirigió hacia un coche que cruzaba la carretera con las puertas abiertas. Ella lo rodeó y en el asiento trasero halló a una muchacha hecha un ovillo.

—¿Cloe?

Cloe alzó la vista y la miró a la cara.

—¿Madison?

—No sabía que habías regresado de Centroamérica.

—La luz se hará más brillante.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Cómo dices?

—Nuestros pecados nos condenarán.

Madison se cubrió los oídos cuando una sirena ensordecedora empezó a sonar. El jinete estaba cerca.

—Debemos irnos Cloe.

Cloe continuaba repitiendo frases indescifrables. Madison trató de sacarla del coche, pero ella se aferró a no moverse del lugar. El tropel del caballo cada vez se oía más cerca y la sirena se hacía más

intensa. De pronto, una motocicleta apareció de la nada y la tomaron de la cintura para que se subiera. No pudo ver el rostro del conductor porque su cabeza estaba envuelta por un pañuelo que también cubría gran parte de su rostro.

—Sujétate fuerte —le dijeron, cuando Madison se subió a espalda del motociclista.

—¿Abigail?

—Silencio —le pidió—. El jinete va tras los que alzan su voz.

Abigail ingresó a un callejón sin salida cuando se alejaron lo suficiente de las sirenas. Madison se bajó de la motocicleta.

—No hay escapatoria si el mundo se está acabando —sentenció Madison.

Abigail empezó a quitarse el pañuelo que envolvía su cabeza y cuando dejó su rostro al descubierto, fue a Sarah a quien tuvo adelante.

—Siempre hay una escapatoria, Madi.

La densa niebla de la que habían estado huyendo empezó a acorralarlas en el callejón. Sintió un fuerte dolor en sus costillas. ¿Así sería su fin?

—Buen Dios, Madison, este no es un buen momento para quedarse dormida —la despertó su madre—. Tu hermano dará una oración.

La familia de Lily los había invitado a su casa para que pasaran las últimas horas del viejo mundo dentro del búnker que ellos habían construido en su sótano. El lugar estaba blindado para que no se escucharan los gritos de los infieles mientras dios los destruía por haber elegido el camino ancho. Ella ya había perdido la noción del tiempo, no sabía cuántas horas habían pasado desde que estaban encerrados en ese sótano. Si era parte de esa locura era para demostrarle a su madre que había sido engañada con la falsa profecía de 1975. Madison solo quería recuperar a su familia.

En el búnker además de ellos, habían varías familias de la verdad. Algunos empezaron a mencionar lo que extrañarían del antiguo mundo. Otros relataban como habían embromado al sistema al sacar un préstamo del banco; según ellos un préstamo que nunca tendrían que devolver porque en el paraíso los bancos dejarían de existir. Lo triste era que habían puesto de garantía sus casas y cuando salieran de ese sótano y descubrieran que el mundo seguía igual que antes, descubrirían que la única verdad que existía era que ellos habían sido estafados.

El pastor Jackson, que también estaba con su familia, se puso a leer varios textos de la biblia sobre todo los que se adaptaban al supuesto paraíso que lo tendrían en un abrir y cerrar de ojos. Echó un resoplido cuando los cánticos empezaron otra vez. Solo esperaba que toda esa farsa acabara pronto, o de lo contrario cuando tuviera que salir de ese búnker tendría que hacerlo con un chaleco de fuerza. Madison se apartó del grupo, acomodó un almohadón sobre el suelo y se sentó apoyando la espalda contra la pared. Su intención era pasar desapercibida, pero su tranquilidad duró solo unos segundos. Lily Spencer había volcado toda su atención sobre ella luego de haber hostigado con preguntas a los que estaban en esa habitación. Y había llegado su turno. Podía jurar que si en ese momento el cielo estuviese arrojando bolas de fuego con gusto desearía que una de ellas cayera sobre su cabeza en ese instante.

—¿Ahora crees que no haber ido a la universidad ha sido la decisión más acertada que has tomado? —le cuestionó Lily—. Dios te recompensará en el nuevo orden que lo hayas puesto en primer lugar.

¿Su decisión más acertada? ¿Qué dios se lo iba a recompensar? ¡Cómo le iba a regresar el tiempo perdido al haber creído en puras mentiras! Si había renunciado de ir a la universidad ese semestre había sido por su familia, se había dado esa prórroga para ayudarlos a ver la realidad. Sarah le había aconsejado que no lo hiciera, tal vez era demasiado ingenua al creer que ellos aceptarían que estaban dentro de un culto. ¿Pero cómo podrían seguir adentro cuando vieran que el mundo no se acabaría ese día?

—Si dios me entrega un reinado en el nuevo mundo entonces estaremos a mano —se mofó.

Lily arrugó el entrecejo y dijo:

—Sabes que dios no puede entregarte un reinado, eres mujer.

—¿Y por qué no? Se supone que será un nuevo orden y empezaremos desde cero. Nuestro pecado de haber arrastrado a Adán a comer la manzana será borrado. Se escribirá un nuevo libro y en ese libro quiero mi reinado.

Madison se hallaba tan fastidiada de toda esa situación, que no le importó que ellos la miraran como si hubiera perdido la cabeza.

—No se preocupen, esas ideas de mi cuñada se irán cuando dios le conceda la perfección —añadió Susan, ganándose la aprobación de todos los demás.

No supo cuánto tiempo había pasado, probablemente unas setenta y dos horas, pero se habían sentido como una eternidad. Finalmente, el padre de Lily había decidido tomar la iniciativa de salir del búnker para fijarse como iban las cosas en el mundo exterior. Si dios ya había exterminado a todos los infieles. Se le revolvió el estómago al notar como ellos se regocijaban de que dios hubiese masacrado a millones de personas. Creerse superiores a todos los demás les iba a durar hasta que tuvieran que empezar a pagar las cuentas de los créditos que habían sacado.

El señor Spencer bajó las escaleras del sótano tan pálido como un papel. Por un instante se le pasó por la cabeza que el diluvio universal había ocurrido, pero apartó esa idea cuando el hermano Spencer dijo en un tono decepcionado:

—La furia de dios todavía no ha llegado.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó su hermano David.

—Que todo sigue igual que antes —respondió el padre de Lily.

Madison se levantó del suelo, relajó las piernas y sonrió.

—¿Entonces ya podemos irnos?

—¿Cómo puedes actuar tan relajada Madison? —le cuestionó su madre.

—Porque nada pasará —contestó—. Todos ustedes han sido engañados, han jugado con su fe de una manera cruel.

—¡Ya cierra tu maldita boca, Madison! —le gritó David.

Ella dio un paso atrás ante el arrebato de su hermano, miró a su madre esperando a que dijera algo al respecto, pero como debió suponer, Alison se había puesto de parte de él.

—No debemos perder la fe de los ungidos de dios, Madison —murmuró el pastor Jackson—. Estoy seguro de que Joseph Darkness nos dará una explicación de todo esto.

Madison se mordió la lengua para no responder, porque sería tirar palabras a la basura. Se dio cuenta de que, si no veían la verdad de la Verdad después de lo que acababa de ocurrir, del gran engaño que había sido el otoño de 1975, dudaba que lo hicieran algún día.

31 DE DICIEMBRE DE 1975

DEPUÉS DEL FIASCO DEL OTOÑO, muchos habían abandonado la Verdad. Lamentablemente, su familia no había sido uno de ellos. Su decepción había sido tan grande, como el dolor que sentía ese día al estar despidiéndose de una gran amiga. Después de tanta lucha, Sarah Anderson había decidido irse. Arrojó una rosa blanca sobre la lápida con el epitafio: hemos perdido a una guerrera. Era triste ver que la familia de Sarah no había asistido ni al funeral ni al entierro, luego esas personas se llenaban la boca hablando del amor cuando ni siquiera sabían lo que era eso. Una roca tenía más corazón que esos desalmados.

No entendía como alguien podía romper los lazos con una hija, una hermana, una amiga porque otra persona se lo impusiera al decir que era un escogido de dios y merecía obediencia ciega. Madison estaba segura de una cosa: Sarah Anderson nunca debió ser tratada como una apestosa por tener su propio criterio, el mundo entero debería saber que el amor que ella sintió por su hijo la ayudó a despertar que estaba en un maldito culto. Que no dejó que unos lunáticos decidieran por la vida de su hijo.

—Nunca te olvidaré, infiel —murmuró, dejando un rastro de vaho que se desvanecía con el denso frío—. Te prometo que no dejaré que tu lucha haya sido en vano.

Le agradeció a Mark que la cubriera de la llovizna con su paraguas.

—Ahora comprendo lo que Sarah vio en ti —comentó él—. Eres como ella.

—¿Ah, sí? Desearía ser como ella. Desearía recuperar mi libertad.

Mark sacó una carta del bolsillo interno de su chaqueta y se la

entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó Madison, mientras miraba el sobre blanco.

—Sarah la escribió para ti —respondió—. Y me pidió que te la entregara cuando ella ya no estuviera entre nosotros.

Ella había hecho un gran esfuerzo para cumplir la promesa que le había hecho a Sarah de no llorar en su entierro, pero ese gesto la había quebrado. Mark la rodeó con los brazos y la apretó contra su pecho.

—No eres lo que los demás definen de ti, Madison, eres el resultado de tus pensamientos —dijo él—. Solamente en tus manos está la llave de tu libertad. No le entregues tu poder a esas personas.

Su hermano David la estaba esperando en la sala de su casa cuando regresó del entierro de Sarah. Él lucía verdaderamente molesto en su butaca.

—Susan me dijo que estuviste afuera prácticamente todo el día —le reclamó, cruzando su pierna izquierda sobre su rodilla contraria —. ¿Acaso no sabes qué día es hoy? ¿Qué cosa ha sido más importante que no estar ayudando a nuestra madre a preparar la mochila de salvación?

Como el otoño había sido un verdadero fiasco, el ungido de dios había corrido la fecha para el último día de 1975; Joseph Darkness había decretado que empezaríamos el año nuevo en un mundo nuevo. Lamentablemente, muchas familias como la suya habían caído otra vez en el engaño. Puso los ojos en blanco. A eso lo llamaba la desesperación por la vida eterna. Habían decidido que ese día todos los miembros de la verdad se reunirían en la iglesia. Consideraban que la iglesia sería como el arca de la nueva era. Los protegería de la furia de la mano de dios.

—Me despedía de una gran amiga —respondió—. Una amiga que ya descansa en paz.

—¿No me digas que finalmente la infiel a partido? —murmuró David en un tono despectivo.

—La infiel se llamaba Sarah Anderson.

—Dios ha empezado a deshacerse de los que han escogido el camino incorrecto —comentó con la liviandad de creerse superior a los demás porque pensaba que dios lo había escogido para que formara parte de su pueblo. Pero solo había sido escogido por un desquiciado mesiánico que decía que dios le había revelado la verdad.

«Idiota».

—Si ese es el caso, entonces dios ha empezado su limpieza en el orden equivocado —replicó, mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Qué intentas decir con eso? —él apoyó la biblia sobre la mesa que tenía a un costado—. En el último tiempo Susan me ha estado advirtiendo de tu falta de espiritualidad, pero siempre te he defendido de esas acusaciones. Ahora me he dado cuenta de mi grave error. Nunca pensé que diría esto, pero no mereces pasar al nuevo mundo —continuó elevando la voz cada vez más—: Ya no puedes engañarme, físicamente puede que estés adentro de la verdad, pero mentalmente no eres más que una apestosa infiel.

Madison alzó el mentón en un gesto desafiante.

—Preferiría mil veces ser destruida antes que tener que vivir una eternidad con personas como tú o la horrible mujer con la que te casaste.

David se levantó de su asiento de un tirón, acortó la distancia que los separaba y le giró el rostro de una bofetada.

—¿Cómo es posible que te hayas convertido en este hombre tan despreciable? —explayó, sin dejarse intimidar por su hermano.

Él le respondió con otro golpe.

Madison apretó los puños a los costados del cuerpo para

controlar la ira que sentía y no exponerse a la bajeza que había hecho su hermano.

—Soy el cabeza de esta familia y no permitiré que me hables de esa forma —murmuró mientras se quitaba el cinturón de su pantalón —. Finalmente, tomaré en cuenta las palabras de mi esposa al decirme que mereces unos buenos latigazos.

—¿Acaso has perdido por completo la cabeza, David?

Supo que él hablaba en serio cuando sintió la hebilla metálica contra su brazo. Su grueso abrigo había amortiguado el golpe. ¡David había enloquecido! Y por primera vez en su vida, ella había sentido miedo de su hermano. Madison salió corriendo de la sala y se detuvo en los pies de las escaleras cuando su madre apareció bajando los escalones, cargando las maletas que llevaría a la iglesia.

—¿Qué significan todos estos griteríos? —preguntó Alison.

—¡El cerdo de tu hijo me ha golpeado! —respondió Madison—. ¡Y si vuelve hacerlo juro que…!

—¡Mereces recibir mil latigazos! —la interrumpió David—. ¡Has profanado el nombre de dios de mil maneras!

Alison se acercó a su hijo y le quitó el cinturón de las manos.

—Tu no mandas en mi casa David —murmuró su madre—. No vuelvas a tocar a tu hermana.

—Ella es así por tu culpa, por haberle permitido que se relacionara con la caníbal de la vecina —le reprochó—. Dios es justo y se ha deshecho de esa infiel.

—¿Sabes una cosa David? —inquirió Madison—. Tu esposa y tú merecen estar en el lugar en donde están. No son más que dos sacos de mierda dentro de un contenedor de basura.

Alison detuvo a David cuando él quiso golpearla otra vez.

—¡Es suficiente! —exclamó su madre. Miró a David y agregó—: Cuando tengas a tus propios hijos edúcalos como tú quieras, y si no te gusta como educo a mi hija ahí tienes la puerta de salida.

A Madison le tomó por sorpresa que su madre se hubiera puesto de su lado. En los últimos meses Alison había puesto al culto por encima de todas las cosas, incluso la de su propia hija. Se secó una lágrima con las yemas de los dedos. Se había olvidado lo que se sentía sentir el apoyo de una madre.

—Ve a preparar la mochila de salvación que llevarás a la iglesia, Madison —le ordenó Alison.

—Ella no debería ir con nosotros —farfulló David—. Porque no es una de nosotros.

—Madison irá a dónde yo diga.

—Apuesto a que no la dejarán entrar si les digo que ha tenido trato con una infiel.

—Y apuesto que a ti tampoco si les digo que te acostaste con tu esposa antes del matrimonio —replicó su madre.

Buen Dios, todos eran unos santos hipócritas. David no dijo una palabra más y se retiró echando humo por las orejas.

—Después de esta noche no regresaré a esta casa —le informó a su madre—. David ha cruzado un límite y no puedo…

Alison la silenció apoyando su dedo índice sobre sus labios.

—Mañana estaremos en el nuevo mundo y todas estas riñas quedarán en el olvido. Tu padre regresará a la vida. Nuestra familia volverá a estar junta, cariño, y eso es lo único que debe importar.

Los ilusionados ojos de su madre de volver a ver a su padre hicieron que odiara aún más a esas personas que jugaban con la esperanza y vulnerabilidad de los más débiles. Hubiera deseado que todos esos cuentos hubieran sido ciertos, pero no eran más que engaños que enriquecían a los que estaban en la cima del culto. No quería ser ella quien le rompiera el corazón a su madre, durante todos esos meses había comprendido que solo despertaba quien quería despertar. Aunque le doliera en el alma, ella ya no podía hacer nada al respecto.

—Debes saber que, si el fin no llega esta noche, no regresaré a esta casa —le informó—. Ya no puedo seguir con esto, madre —dijo con la voz quebrada—. Pero debes saber que siempre estaré para ti, y no permitas que nadie te diga que mi amor no es sincero.

Alison ahuecó una mano en su mejilla y murmuró:

—Nunca pondría en duda tu amor, cariño. No te preocupes porque ya no regresaremos a esta casa, edificaremos una más grande con un jardín enorme.

Madison solo quería sacudir a su madre para sacarle de la cabeza toda esa basura que le habían metido. Respiró hondo y sonrió, fingiendo creerle. Aprovechó esos minutos que le quedaban para estar cerca de ella y abrazarla con fuerzas, porque al día siguiente sería la vergüenza de su familia y no sabía si algún día volvería a tener a su madre así de cerca.

«LA LUZ SE HACE MÁS BRILLANTE», repetían los feligreses a medida que los últimos minutos que le quedaban al año 1975 se acercaban. Los que todavía no habían aprendido la lección del fallido otoño, habían decido usar las instalaciones de la iglesia como refugio. Algunos habían llegado a la locura de confundir los estallidos de los fuegos artificiales que le daban la bienvenida a un nuevo año con la furia de dios. Su madre le tomó una mano y se la apretó cuando comenzó el conteo de los últimos segundos. Era una paradoja saber que las personas del exterior se divertían con la llegada del año 1976, mientras que el pequeño mundo en el que había crecido rogaba no ser destruido en el genocidio que provocaría un dios de amor. Le sonrió a la niña que lloraba asustada en los brazos de su madre.

De pronto, se hizo un gran alboroto cuando golpearon la puerta. Algunos decían que no debían abrir la puerta porque era igual que en los días de Noel, cuando las personas querían entrar al arca al estallar el diluvio universal. Finalmente, el pastor Steve Worm decidió abrir y se oyó que dijeron:

—¡Feliz año nuevo! —exclamaron los mundanos—. Vimos luces encendidas y quisimos pasara a saludar.

Todos empezaron a mirarse desconcertados. Ellos esperaban otra cosa, esperaban personas mutiladas que clamaran por ayuda para salvar sus vidas. Madison empezó a reírse y las risas se transformaron en carcajadas. Le dio un beso a su madre en la frente, tomó su maleta y caminó entre las hileras de banco hasta la salida.

—¿A dónde vas Madison? —escuchó a su madre decir—. ¡Madison!

Ella decidió no mirar atrás para no transformase en una estatua de sal como la esposa de Lot. Madison cruzó la puerta y el aire helado chocó contra su rostro. Había nacido dentro de una fantasía en donde

un charlatán vendía la eternidad. Mientras algunos festejaban el comienzo de un año nuevo, ella festejaba el comienzo de su libertad.

Las lámparas callejeras detrás de los árboles proyectaban sombras espesas e intrincadas en el pavimento. A medida que avanzaba y dejaba su antigua vida atrás, alzó la vista al cielo. Si la divinidad pudiese hablar probablemente diría que la humanidad había perdido la cabeza. Se debía comprender que los errores nos transformaban en humanos, que los malos y buenos momentos eran parte de la naturaleza. Naturaleza que los hacía únicos y más sabios. Quien profesara lo contrario vivía en una triste escena terrenal. Finalmente, la luz se hizo más brillante. Amén.

EPÍLOGO

Querida Madison:

Si esta carta a llegado a tu mano eso significa que ya no me encuentro en este plano o que Mark no me prestó atención cuando le dije que te la entregara cuando me hubiera ido (a veces me da la impresión de que estuviera hablando con una pared, pero tú no le digas eso, él es un buen muchacho). De cualquier modo, prométeme que no perderás tu tiempo llorando por mí, demasiado tiempo has perdido estando con las personas equivocadas.

Y lo que me lleva al siguiente punto, si el mundo no se va a la mierda en los últimos suspiros de 1975, y si lo hace, lo estaré viendo desde el cielo mientras como palomitas, lo más probable es que me deriven al infierno por estar escribiendo esto. Volviendo al punto, he decidido darte un empujón para sacarte de esa cueva de víboras por las dudas de que no te atrevas a hacerlo por tu cuenta luego del gran fiasco del otoño, te he dejado mi adorado Ford y mi casa, no es gran cosa, pero te servirá para que pagues la universidad.

No será un camino fácil dejar tu antigua vida atrás, pero podrás con ello. Por si aún no lo sabes, eres valiente pequeña. Aunque me cueste admitir, has sido más inteligente que yo al dejar que la dudas te despertaran del engaño a tan temprana edad. Aprovecha esa ventaja y vive. Vive a tu modo, vive a tus pasos, vive a tus decisiones.

Ha sido un verdadero placer conocerte Madison Jones, lástima que haya durado tan poco tiempo, tal vez decida que mi fantasma te haga compañía durante algún periodo, no hablo en serio (solo lo haré si no cuidas de mi Ford).

Con afecto, Sarah, la infiel

P/D: Joseph Darkness eres un asco, espero que todas las almas a las que has atormentado te persigan hasta tus últimos días, pero no mi alma

porque ya he tenido lo suficiente de ti. Si estas van a ser mis últimas palabras de despedida de este mundo, quería hacerlo bien.

P/D: ¿En serio creíste que iba a desperdiciar mis últimas palabras en ese ser despreciable? Que tengas una larga y buena vida Madison Jones.